

La Nueva Atlántida

REVISTA DE ALTOS ESTUDIOS

Director: Julio Herrera y Reissig

MONTEVIDEO, MAYO DE 1907

SUMARIO

	PÁGINAS
Julio Herrera y Reissig.—En el Circo	1
José Ingegnieros.—La exégesis de Dante.	4
José de Maturana.—Tardes fantásticas	14
Francisco C. Aratta.—El problema del alma en la sociedad moderna.	18
César Lombroso.—Sobre fenómenos espíriticos y su interpretación	21
Emilio Frugoni.—Paisaje de invierno	33
J. M. Palmarini.—La Ciencia y el Espiritismo	35
Carlos López Rocha.—La fuente	41
Francisco C. Aratta.—El ideal en las letras castellanas	42
Benjamín Fernández y Medina.—"Alto silencio regna"	50
Víctor Pérez Petit.—Examen de latinidad.	52
Amado Nervo.—Poesías	64
María Eugenia Vaz Ferreira.—Poesía	69
Illa Moreno.—Delectación amorosa	70
Sueltos	72
Aladino.—Bibliografía-Periódicos	74

DIRECCIÓN: CALLE ITUZAINGÓ, 235

ADMINISTRACIÓN: CALLE PAYSANDÚ, 192

TIP. ESCUELA N. DE ARTES Y OFICIOS.

La Nueva Atlántida

TOMO I

MAYO, 1907

AÑO I

En el Circo

Iniciamos nuestra labor, alta en el sentido más luminoso de la dinámica humana, cuya trayectoria en el tiempo y en el espíritu depende de nuestra energía, de las múltiples influencias ambientes y del concurso que se nos depare—sintiendo en lo más íntimo de la conciencia, en el centro susceptible de la propia personalidad, el abatimiento crepuscular de la hora incierta, llena de sombra y de presagios—algo así como el peso enigmático de la interrogación que se abre en nuestro espíritu hacia el porvenir brumoso donde la Esfinge terrible vela.

El momento es grave. La expectativa es solemne. La circunstancia es oportuna. Colmamos un vacío. Significamos un sacerdocio. Nos abrogamos un ministerio. Abordamos un problema enorme. Nuestros propósitos personales tienen por rúbrica la necesidad de todo un pueblo en su peregrinaje hacia la luz que viene. El gran Redactor que está en la sombra decreta nuestro destino. Y nosotros obedecemos, sin vacilaciones de cobarde y sin ensueños de iluso.

La aparición de una gran revista en nuestra América contemporánea es una estrategia y es un símbolo. Todo la reclama. Es un maná de redención y de nueva vida para los pueblos. Es que el momento es oportuno, digámoslo alto. Casi religioso.

El meridiano filosófico de la historia pasa por la hora presente en que nuestro estandarte evoca la más

risueña utopía de Platón: *Atlántida feliz!*. . . plasmada en bella realidad más tarde. . . y que la eterna evolución de las ideas renovará en cien moldes prestigiosos, como un artista sumo haciéndola surgir *distinta*, preclara, *idealizada*, otra *Atlántida*, aun más feliz, tan desemejante de la contemporánea, como la América de Colón difiere de la hipótesis del maestro etéreo.

A esa finalidad super-consciente de los nuevos rumbos sociales, á ese fenomenismo sublime de las causas complejas y de los profundos labores del alma que primaverizan nuevas floras del Pensamiento y del Arte — tiende su prora de luz el Argos de nuestra briosa aventura, — mientras nuestros ojos se hunden meditabundos en el abismo eternal.

Somos incipientes. Somos oscuros. Lo que relumbra es superficial: brillo de mica y de pantano. Todo está por hacerse. El camino es torvo. La lontananza sombría. Se pretende forjar Hércules para el futuro. Y Apolo duerme. Y Euterpe y Polymnia están mudas. Y el templo de Minerva cerrado yace.

Una multitud de acróbatas profanos trepa por sus columnas, entre los peristilos y las paredes ruinosas.

Y del *Campo Sacro*, de sus jardines devastados se han hecho canchas de football y de carreras... ¡Oh, sarcasmo!

Grecia no fué un Casino, ni Vulcano llevó muy lejos sus aficiones al hierro. Grecia fué la Academia de la civilización en su tiempo y llevó la palabra al mundo.

Y pues?... .

Hagamos pueblo y no rebaños. Los pueblos se hacen por dentro. Forjemos almas, no sólo músculos. Escuelas que formen esposas, que preparen madres. Cultura psicológica. Profilaxia moral. Estímulo educativo. Un jardín de Academus para la Infancia.

Cincelemos el nuevo tipo social: el varón fuerte y

digno: la Conciencia; el microcosmos armónico; el as futuro de la especie. Alta prédica. Cursos escolásticos para el pueblo. Escuelas de agronomía, agropecuaria y de mineralogía en los departamentos. Enseñanza nocturna para obreros. Difusión de las Artes plásticas. Universidad libre. Ateneo de verdad. Liceos de enseñanza preparatoria y gimnasios en toda la República. Educación política de las masas. Fiestas escolares. Democratización de las Ciencias. Alta pedagogía. Centro de bellas artes. Glorificación histórica de los héroes y de los grandes hombres. Exposiciones y Certámenes cosmopolitas. Fundación de una Academia de honor.

Tracemos la periferia psicológica futura de la nacionalidad. Concursos. Academias. Baños públicos. Liceos populares. Congresos internacionales de estética. Certámenes de artes plásticas. Propiedad literaria legalizada por el Estado. Asociaciones de escritores amigos. Retribución del trabajo cerebral. Franquicias y protección á la publicidad. Subvenciones á los intelectuales y ubicación de los literatos en los puestos públicos de alta categoría y en la diplomacia, para mayor gloria de la nacionalidad. Pensiones de estudio en el extranjero. Juegos florales. Premios. Lauros. Becas. Cátedra de enseñanza libre para el pueblo. Apoteosis del talento. Estatuas de los más altos espíritus en plazas y paseos públicos.

Laboremos el aceite que alimentará la antorcha del mañana. Cavemos el surco y dispensemos á manos llenas la simiente. Todo internamente. Todo con método. Todo con lógica. Todo con brújula.—Hermanos de labor, colegas del Uruguay y de América, hijos del pueblo, lectores anónimos, afortunados y humildes. Todos. Acompañadnos hasta el estrado. ¿Sentís rugir los leones? Un último abrazo. Adiós! Otro abrazo se nos reserva: el de la gloria, si triunfamos. Y el del olvido si perecemos.

LA DIRECCIÓN.

La exégesis de Dante

Desde Fiésolo, donde un convento enseñorea su campanario sobre ciclópeas ruinas de gentes etruscas, vimos apagarse un crepúsculo entre las siluetas gentiles de Florencia. Decoración de colinas en el panorama, perfume de flores primaverales en el viento, penumbra en el fondo silencioso de la quebrada, indecisas claridades en las cimas lejanas.

El Arno inquieto, pone la cinta de su reflejo especular en las sinuosidades del valle, ora insinuándose delgado y recto como una aguja de plata perdida entre el pedregullo, ora abriéndose como una trenza desflocada cual si quisiera esparcir más lejos sus caricias húmedas sobre las riberas. Dírtase, por momentos, que se adivinan en el murmullo de su cauce imperceptibles ecos de grandes voces extinguidas, lamentaciones de Dante, chismes de Bocaccio, retóricas de Savonarola, bandos de algún glorioso Mediceis, sonar de trompetas góelfas y gibelinas. Junto al río, visiones evocadoras. Un puente vetusto afirma el orgullo de sus siglos y de las grandes plantas que lo hollaron; el campanario de Giotto pavonea su gracia única, esbelto como un talle de virgen botticelliana y atrevido como un capricho de orfebrenría; la curva pletórica del domo yergue hacia el cielo su masa uniforme como el túrgido seno de una Venus del Ticiano; la torre cuadrilátera de la Señoría, que vió lides heroicas cual las que el poeta griego narró de Aquiles

y de Héctor, se perfila elegante como una pieza de ajedrez digna de ser jugada por la mano de la Virgen del Granduque; bloques de mudos palacios respetados por los siglos, como si el tiempo no osara vejar la gloria de sus antiguos señores; palacios dominadores como castillos, seguros como fortalezas, donde, empero, puede un artista reconstruir las horas intelectuales del Renacimiento cual si las leyera en las mismas crónicas de Dino Compagni. Y después más domos, más torres, más palacios, todo esfumándose tímidamente en la sombra del valle, mientras en lo alto el sol dora todavía la atmósfera de la ciudad. Diríase un halo de oro pulverizado sobre una bella hetaíra dormida junto al Arno.

Un crepúsculo en el Coliseo invita á meditar sobre lo transitorio de toda grandeza humana; frente á las Pirámides egipcias sugiere hondo respeto de cosas ignotas que se presienten á medias; junto á Florencia instiga á la recordación de momentos dulces, de amables ritmos, de melodías suavísimas, de gestos agradados. No en vano sorbieron de su ubre, Alighiero y Boccacio,—padres del idioma armonioso,—Maquiavelo agudo, Galileo firme; y á un tiempo mismo, Donatello, Brunelleschi, Ghiberti y Della Robbia, clarividentes maestros de líneas y de formas. Su misma savia proficua nutrió al suave y candoroso Giotto, á Botticelli ingenuo y sentimental, al Angélico místicamente inefable y á cien que preludieron la hora—suprema en la historia del arte—en que Leonardo, Rafael y Miguel Ángel trabajaron juntos para este renacimiento de la belleza grecolatina, ahogada en pocos siglos de cristianismo. Después llegó la decadencia, una decadencia tan ilustre y suntuosa que pudo ostentar un Benvenuto Cellini. Mas tarde... hoy... ¡lástima grande que D' Annunzio, Michetti y Bistolfi no sean florentinos!

Faltó una cosa en el renacimiento de Florencia: la

música. Pero la hubo á raudales en los tercetos de la *Dicina Comedia* y la Galería Pitti custodia el expresivo *Concierto* de Giorgione, que vale en color y luz lo que otros en timbre y sonido.

Florenia conserva su tradición de ciudad intelectual. En primavera invita á amar la vida, á vivirla hermosamente; no mentiría al proclamarla primera entre las ciudades bellas. Entiéndase que esa sería la opinión de un artista: un *rastacuère* daría su voto por París, donde el Moulin Rouge le interesa más que el Louvre. Un hombre normal votaría por su terruño, donde están las cosas irremplazables en su cariño.

La Naturaleza brinda al valle del Arno una primavera digna de Virgilio ó de Longfellow; justo es que haya inspirado á Botticelli su extraordinaria Alegoría. Algún poeta ha dicho que la primavera de los países fríos es un niño que despierta entre sueños de angustia y de muerte, mientras la primavera meridional es una joven hermosa que despierta entre sueños de ilusión y de amor. El primero, surge de una tumba, y queda sorprendido al verse entre guirnaldas; la otra, baja sonriente del cielo, cabalgando un haz luminoso de sol.

Entre tantas memorias admirables, el espíritu del pensador ó del artista se remonta al extraordinario gibelino.

«...Che sorresse il mondo
in suo pugno é le fonti
dell' universa vita ebbe in suo core.»

Pero es vano el esfuerzo mental; representarse á Dante es un ensayo de objetivación superior á toda

capacidad humana. Es imposible ubicarlo, siquiera sea con la imaginación más retrospectiva, en esta Florencia que vió sus luchas y arrulló sus sueños.

Para los estudiosos de su poema, Dante no es un hombre ni un personaje de leyenda. Los hombres son tema para el biógrafo, el novelista ó el dramaturgo; los dioses y los héroes son tema para el genio: de Homero á Wagner.

Dante es más. Más que los hombres, porque fué un genio; más que los dioses y héroes de leyenda, porque existió, dejándonos su obra suma, la más bella gloria de Italia. Si bajo el cielo del Apenino sólo hubiese germinado el espíritu de Dante — y sabemos que germinó allí el de Leonardo, otro magnífico — ello bastara para que todo cerebro exquisito depusiera su ofrenda votiva ante la madre cuna del gran mundo latino.

Los dramaturgos han querido revivir su tipo. El último ensayo, en que naufragó Victoriano Sardou, tuvo más de profanación que de apoteosis. ¡Quién dijera al altísimo poeta que su viaje misterioso por la «selva salvaggia ed aspra e forte — che nel pensier rinnova la paura», donde para penetrar es fuerza vencer la envidia, la soberbia y la avaricia, simbolizadas en el encuentro con la Pantera, el León y la Loba; quién le dijera que sólo inspiraría bellos gestos de comediante, arrancando de la turba plateal el aplauso estrepitoso que consagra á las mediocridades, pero que es irreverente detracción, sin ritmo y sin gloria, para el genio!

Dante está fuera de nuestra capacidad de objetivación; por eso, entre bastidores, semeja una rara gema engarzada en armadura de dúblé. Dante se lee meditando. La multitud inorgánica del teatro no puede juzgarle; el ascua nunca fué juzgada por la escoria.

En el más tenebroso de sus círculos infernales ubicaría el poeta á sus profanadores, si les sorprendiese en el crimen de violar su alcazaba marfilina

El de Sardou no fué el primer ensayo de representación objetiva de Dante ó de su obra.

Antes que del personaje, los dramaturgos abusaron de su poema. Es memoria que algunas escenas de la *Divina Comedia* fueron adaptadas escénicamente para los «misterios», en Francia, donde el espectáculo semirreligioso incubaba los gérmenes del teatro moderno. Con ese procedimiento, durante el siglo XV, enmarañáronse los espíritus colocados ante la complicada sumidad del símbolo y entre las pasiones tempestuosas que mueven la comedia divina del poeta.

Mas correspondió á nuestro tiempo la completa palingenesia escénica del Alighiero. Presentado por el uno y citado por el otro, fué, en la escena, con diligente prudencia, por dos artistas eminentes: Bovio, el poeta filósofo, y D'Annunzio, el incomparable orfebre.

Antes que del filósofo, digamos del orfebre. Y, antes que hablar de él, oigámosle:

« . . . Io fui talvolta
 nella casa di un sommo cantatore
 nominato Casella
 e quivi convenivano taluni
 gentili nomini: Guido Cavalcanti
 tra gli altri, cavaliere dei migliori,
 che si diletta del dire parole
 per rima, e Ser Brunetto
 dottissimo rettorico
 tornato da Parigi,
 e un giovinetto
 degli Alighieri nominato Dante.
 E questo giovinetto mi divenne
 caro, tanto era pieno
 di pensieri di amore e di dolore,
 tanto era ardente ad ascoltare il canto.
 E alcuna volta ebbe da lui un bene
 inatteso il mio cuore
 che sempre chiuso era; perché la troppa
 soavità del canto
 alcuna volta lo sforzava a piangere
 silenziosamente,
 e, vedendolo, anch'io con lui piangevo».

Hemos leído que en la Pérgola, la noche del estreno de la *Francesca de Rimini*, cuando Paolo dijo admirablemente esos versos de Gabriel D'Annunzio, un vago murmullo recorrió la sala, indeciso, indefinido, y muchos se cambiaron miradas intranquilas que parecían preguntarse:—¿Qué es ésto?—Y los versos, aunque dulcísimos y recitados con exquisito sentimiento de arte, no despertaron ni la simple insinuación de un aplauso; el goce de la emoción estética estaba inhibido por un sentimiento de inexplicable sorpresa. Parecía imposible que un personaje escénico cualquiera, aunque fuese de la más pura cepa intelectual, evocara así, humanamente, el nombre de Dante, hablando de él como de persona con quien hubiese vivido en amistosa familiaridad.

Bovio fué más osado. Hizo de Dante el protagonista de su *Il Millennio* tercera parte de la preciosa trilogía iniciada con *Cristo alla festa di Purim y San Paolo*. Nada diremos del *Leviathano* y el *Socrate*, ajenos á la trilogía y muy inferiores á ella.

El drama de Bovio no es teatralizable, en el concepto actual del teatro; es la evocación de un arte ático por excelencia, sintético á la vez que simbólico, impregnado de profunda filosofía, obra de un genio complejo en que el pensador da la mano al artista y al sabio. En esa forma es justificable su exégesis del florentino, á quien confiere toda la plenitud de la videncia histórica, de la profecía.

En *Cristo y San Pablo*, el cristianismo entra en Roma y la hace Ciudad Divina. Dante señala *El milenario* de la Ciudad Terrenal italiana. Es la demolición del reinado divino y el advenimiento del reinado humano; Dante es profeta de Italia y su comedia es la Biblia nueva.

Demasiado símbolo, acaso, en esta exégesis, y también demasiada profundidad de pensamiento. Pero siempre notamos una alta finalidad en el espíritu del

autor; la palabra es solemne, el ambiente sereno, el gesto magestuoso. Dante, llevado á la escena de esa manera—lo mismo que Cristo, San Pablo, Sócrates,—nada pierde de su respetuosidad solemne; por eso, naturalmente, el genio dramático de Bovio no es de los que arrancan aplausos á los públicos mediocres, sino de los que podrían inducir silenciosas meditaciones á un estilista de la filosofía histórica.

Así, *cum dignitate*, mueve á Dante el filósofo; con respetuosa indolencia le nombra el esteta. Y, con todo, Dante humanizado no se concibe. Dante es el venerable ciudadano del mundo creado por su genio. Su descenso al centro de la tierra, al través de las bolgias del infierno, su transmigración al otro hemisferio, su ascensión por la montaña del Purgatorio y su llegada al empíreo, donde Beatriz le llama y le espera, son hechos que parecen constituir la realidad de su vida, son verdaderos accidentes biográficos. Dante, para nosotros, no ha pensado su mundo, lo ha vivido. Ha visto la selva y las fieras que á su ingreso espantan; ha encontrado á Virgilio, su guía y maestro; en la puerta infernal ha leído las palabras de color obscuro; la narración de Francesca martirizó verdaderamente sus oídos; entre el ladrido del Cerbero escuchó los ayes de los golosos, acoquinados bajo la lluvia de granizo; luego vió el pantanoso Estigio y llegó á Malebolgia; encontró á Ugolino y á Farinata. Vió suceder los días, restringiéndose su ambiente en espiral imbutiforme, con las ciudades de arcos incandescentes, los ríos de sangre, la selva de árboles animados cuyas ramas destroncadas manan ayes y lágrimas; los desiertos de candente arena, donde cae pausada y uniforme la lluvia de fuego; gélida landa en que yacen enterrados los pe-

cadore; y más allá la fresca marina do el ángel toma las almas destinadas á llegar á la isla mística, las etapas que se escalonan para llegar al paraíso terrestre, los cielos estrellados, el ambiente de bonanza divina donde todo es luz y armonía.

Ese es Dante, esa su vida. Comienza en aquel recodo del camino donde se le encuentra, perdida la recta vía; de vuelta se le ve salir del Paraíso y parece descender del cielo hacia los hombres por una vía luminosa de nubes resplandecientes, con la actitud de un estoico sublime, pensativo. Profundamente pensativo.

Abstracto á Dante de ese mundo que él mismo se ha creado, que es el único suyo y exclusivamente suyo, es obra descabellada. Aquel que quiso «describir fondo á tutto l' universo» no puede tener otro escenario que el universo mismo.

No se crea, por ello, que Dante no es sujeto para ser interpretado en perdurables joyas de arte. Por el contrario, tanto simboliza en su mentalidad y en su obra, que el arte puede encontrar altísimas inspiraciones simbólicas ó simplemente representativas. Pero siempre dentro de la majestad del arte.

El escultor Canciani, concurriendo al premio «Roma» de la Academia de Viena, eligió á Dante como tema de su obra, que, en verdad, es magnífica. Un macizo de roca se eleva sobre un basamento abrupto; de pie, sobre el borde, Dante, sereno y grave, contempla, con ojo lánguidamente compasivo, á los condenados que en un desnudo desesperante se agitan junto al pedestal informe, debajo de la roca. Así ha podido el artista presentar al creador, Dante, junto con una parte de la cosa creada, un jirón del infierno. La serenidad del poeta contrasta con la angustia dolorosa que se refleja en los movimientos espasmódicos de los pecadores en pena.

Dante, en esa obra de arte verdadero, permanece

superior, distinto de los hombres. El genio es así; vive siempre en un plano aparte, sobre la humanidad: astro que guía, antorcha que ilumina, palanca que mueve.

Cuando se estrenó en Londres el reciente drama de Sardou no dejamos de preguntarnos á quién había pedido el actor Irving, creador del personaje, el cerebro, el corazón y la palabra del sumo poeta. Encarnar á Dante en cualquiera de nosotros, aun en el mejor de nosotros, es convertirle en liliputiense. Se obtiene la caricatura, entre sarcástica y lamentable; aparece el contraste abismático entre la silueta que sale de los bastidores y el Dante del poema supremo, el Dante que culmina sobre toda la historia de la literatura, el Dante universal que concebimos extrahumanamente entre los agujoneos de nuestra fantasía. ¿Cómo explicar á Sardou que lo infinitamente grande no cabe en un escenario?

Sardou no ha podido resucitar aquel ambiente social, aquellos tiempos, aquellos caracteres psicológicos; ha buscado — é hizo bien, porque es su oficio — los efectos que el grueso público gusta y aplaude, prodigando al autor la gloria del éxito inmediato. Su preocupación ha sido la plasticidad escénica, el aparato relumbrón de las bambalinas llamativas, los contrastes pasionales de tonos explosivos. Algunos de sus artefactos son al drama verdadero como las vírgenes de oleografía á las suaves madonas del Beato Angélico y del Perugino.

La conclusión no admite reticencias. Dante pertenece á otra vida y á otros tiempos. No revive en la

encantadora Florencia de hoy. En el drama de D'Annunzio, se le presiente apenas; en el de Bovio se le adivina ó intuye; no cabe en el escenario dramático de Sardou. Dante no se concibe en nuestra vida moderna es el viajero de su propia Comedia; hay que buscarle entre las páginas de su misma obra, en el mundo aparte creado por su genio.

Florencia, cuna del hombre, no ilustra al Poeta. Lo evoca.

José Ingegneros.

Florencia, 1906.

Tardes fantásticas

I

PASAJE INMÓVIL.

Corta las turbias aguas el terraplén lejano
que en la turgente sierra destaca su moldura,
y un quitasol gigante parece la abertura
del fastidioso túnel que desemboca al llano.

No muestra el horizonte su tórrido africano
que hace un instante hervía con sangres de locura,
y efunde al novilunio como una empuñadura
vacuada en torpe cuño de artifice profano.

Ya en el azul persisten los astros tempraneros,
nevando, en sus temblores, cual si tuviesen frío,
las rosas de un otoño de lentos reverberos.....

Y en el durmiente lago de márgenes risueñas,
como una alegoría del enervante hastío,
sus rígidos perfiles encorvan las cigüeñas.

II

DRAMA DE ORO.

Bajo una gran capota de muselina extraña
se aleja de su imperio la tarde moribunda,
que de un fulgor violeta los ámbitos inunda
como si diese un grande bostezo en la campaña.

Flamean los penachos de la sonante caña
como el *adios* de alguna separación profunda;
y dan los viejos pinos una meditabunda
visión de cosas tristes al pie de la montaña.

Echa al confín del valle sus églogas la oveja,
mientras el buey rezonga su proverbial mugido
como el enorme caño de un barco que se aleja.

Y allá, pupila de oro que en los ponientes arde,
saluda á los labriegos el sol, como un vencido
que muere en la empolvada melena de la tarde.

III

LOS ÁRBOLES SOLITARIOS.

Para Andrés A. Demarchi.

Por los secretos campos, bajo la tarde vieja,
que se ha cubierto en rojos túmulos de agonía,
no sé qué extraña angustia sufre la serranía
que el cauteloso viento le sopla su conseja:

Siento una amarga musica de soledad perpleja
como un dolor maldito que tiene su armonía,
como un azul de sangre paralizada y fría
ya estéril sobre el trozo carnal que la refleja.

Miro por los durmientes paisajes visionarios
la magestad de aquellos árboles solitarios
que han escuchado el vivo lenguaje de la muerte...

Y quiero, como un Ibsen del juvenil destino,
triunfar, á la manera del árbol del camino,
que por estar más solo también es el más fuerte!

IV

LA TARDE ROJA.

Para Enrique García Velloso.

La tarde está cargada de sol, como un problema
que en álgebras de ensueño resuelve el infinito,
y el viento restituye con su frescor marchito
selváticos perfumes y ausencias de poema.

Soplan ardiente vaho los huertos del sistema
que en dóciles montañas recorta su granito,
y se emborracha el campo con el sopor maldito
de una calina de oro que el horizonte quema.

Va al fondo del paisaje de tonos insensatos
el buey, torpe y rendido, con la cabeza baja,
no lejos de un desfile de lentos carromatos.

Y un fuerte campesino que en el sudor se moja,
tira de pronto al suelo la hoz con que trabaja,
y un símbolo recuerda bajo la tarde roja...

V

LOS CABALLOS SALVAJES.

Por el silencio enorme de las llanuras blancas
como una blanca estepa sin sombras ni follaje,
tienden al sol las crines de pródigo cordaje
y afianzan el relieve de sus redondas ancas.

Van por el campo libres, con rebeliones francas,
y al atronarlo en sordos relinchos de coraje,
despiertan con sus trotes la soledad salvaje
y el hondo campaneó que duerme en las barrancas.

Centauros del desierto, sus inquietudes vivas
cantan el himno de una triunfal naturaleza
que dió su empuje á todas las razas primitivas.

Y así, parecen esos caballos del desierto,
la intrépida energía de un porvenir que empieza.
tocando sus clarines sobre el pasado muerto!

José de Maturana.

Buenos Aires, 1907.

El problema del alma en la sociedad moderna

El pensamiento científico moderno ha entrado, resueltamente, por un sendero franco de observaciones y experimentaciones psíquicas, superando los famosos *canales* de Augusto Comte y penetrando algunas leguas más adentro de las fronteras hasta ahora tenidas por lo *incognoscible*.

Fieles á las dos palabras de nuestra primera circular, *La Nueva Atlántida* aborda el problema con un brillante estudio del famoso psiquiatra Lombroso, en esta sección que tanto espacio ocupará en los números sucesivos.

La Nueva Atlántida no es una revista de investigaciones medianímicas solamente; nuestra bandera intelectual es más amplia: contiene las mil estrellas que anuncian los diversos territorios intelectuales que están bajo su dominio.

No es que temamos la crítica (valor nos sobra con el hecho de lanzar esta publicación en un ambiente casi refractario), ni que temamos las sistemáticas negaciones, que vendrán, á los fenómenos psíquicos; porque sabemos que, hace cincuenta años, eran tildados de charlatanerías los experimentos del magnetismo y del hipnotismo, hoy, del dominio de la ciencia positiva, y seguros, (como quiere el profesor Morselli para los fenómenos psíquicos), que la causa *A* produce constantemente el efecto *B*.

Pero, para que no supongan que hemos tomado partido por tal ó cual escuela, en seguida publicamos un reportage que al doctor Morselli, filósofo positivista, honra de la Italia pensadora, ha hecho el profesor Palmarini, sobre las investigaciones medianímicas.

Ambos estudios interesan al pensamiento americano. El problema, planteado hace muchos siglos, está resuelto para nosotros, desde que, á las propias observaciones é indagaciones, podemos añadir las abundantes pruebas de sabios famosos, y sus magníficas concepciones intelectuales.

Para mayor imparcialidad todavía, en el próximo número publicaremos un precioso artículo del profesor Zingaropoli, extractando el juicio que le merecen los fenómenos psíquicos y las declaraciones de Lombroso sobre ellos, al famoso jesuita, Padre Franco, redactor de *La Civiltà Cattolica* de Roma.

Lo mismo será con los juicios que nos honren nuestros ilustres colaboradores de América. *La Nueva Atlántida*, aunque tiene por bandera lo más conceptuoso del pensamiento moderno que es el ideal de la supervivencia del alma, á través de su tránsito terrestre, es tribuna abierta á todos los ideales; tolerante, se inclina á escuchar á todos los que sepan hablar con altura de estilo y nobleza de pensamiento.

Quizá convergeremos todos en un punto: *en la necesidad de una vida superior* que nos arranque de la condición de cualquier raíz que sólo se nutre del humus de la tierra. Quizá el ideal nos ponga alas á la espalda, y nos eleve, sin despreciar por eso, el sentido de la vida, á mejores regiones, á ambientes más azules que el oscuro que nos envuelve á diario.

Es la nueva religión que surge: es el renacimiento á que tienden todas las almas, ya que caen, por doquiera, los antiguos postulados que encantaron tantos millares de espíritus, consolaron tantos dolores y provocaron tantas alegrías inefables.

No culpemos á nadie por ideas viejas que nos han transmitido aquellos que también las habían recibido, usadas, gastadas, abusadas. Todos necesitamos ser mejores, más intelectuales, más sinceros, más llenos de esa confianza en que cada sér que se nos acerca tiene un alma, y que esa porción de esencia divina, debe mejorarse, puede immortalizarse; como en el grano de mostaza está todo un árbol magnífico que verá rodar impasible, sobre su copa, llena de nidos canoros, las tempestades, lucir auroras y languidecer crepúsculos opalinos.

A aquellos que nos hallen demasiado estetas, ó metafísicos, rogámosles no quieran embanderarnos entre la negra hueste de los despreciadores del cuerpo; venimos á hacer obra de belleza, antes que nada, y el ideal griego será nuestro punto de mira, el más elevado á que puedan converger miradas é intelectos humanos.

Ahora, escuchemos la cátedra brillante que sobre los fenómenos psíquicos nos dan las eminencias científicas: los profesores Lombroso y Morselli.

NOTA DE LA REDACCIÓN.

Sobre fenómenos espíritos y su interpretación

Si jamás existió en el mundo un individuo que, por educación científica, fuera contrario al espiritismo, ese hombre fui yo, que de la tesis «ser toda fuerza una propiedad de la materia, y el alma una emanación del cerebro», he hecho la ocupación más tenaz de mi vida, yo, que me he reído, durante tantos años, del alma de las mesas... y de las sillas!

Pero si siempre he tenido una pasión grande por mi bandera científica, tuve una más férvida todavía: la adoración de la verdad, la constatación del hecho.

Ahora bien, yo, que era tan adverso al espiritismo como para no aceptar por muchos años, siquiera de asistir á un experimento, he debido en Marzo de 1891 presenciar uno en pleno día, solo, con Eusapia Paladino, en un hotel de Nápoles, en que ví alzarse á una gran altura y transferirse en el aire objetos pesadísimos; y, desde entonces, acepté ocuparme de ellos.

Dos noches después, en efecto, en compañía de los egregios colegas Bianchi, Tamburini, Vizioli y Ascenci, volví á hacer las experiencias en una habitación expresamente elegida en nuestro hotel, y allí, en plena luz, hemos visto una gran cortina que separaba nuestra alcoba de una habitación vecina, y que se hallaba lejos del medium más de un metro, acercarse, de pronto, circundarme y envolverse encima, y

de la que apenas pude librarme con grande dificultad. Un plato de harina fué colocado detrás de la alcoba á más de un metro del medium, que durante el trance habíá pensado, ó por lo menos dicho, soplarnos en la cara dicha harina; hecha la luz, hallóse el plato volcado sobre la harina siempre seca, pero que quedaba coagulada como si fuera gelatina. El hecho me pareció inexplicable por las leyes de la química y por maniobras del medium que habíá sido, no tan sólo atado por los pies, sino enlazado en las manos con nuestras manos. Encendidas las luces de nuevo, cuando todos estábamos á punto de marcharnos, se vió un gran armario colocado detrás de la alcoba, á dos metros de distancia, moverse lentamente hacia nosotros; parecía un enorme paquidermo que lentamente procediese á atacarnos como impulsado por alguien.

En sucesivas experiencias, junto á los profesores Vizioli y De Amicis, en plena luz, Auer, habiendo rogado á la Paladino agitar una campanilla colocada en el suelo como á un metro de distancia de ella, de quien teníamos atado y estrechado manos y pies, hemos visto, muchas veces, tenderse en un punto sus faldas como si fuera un tercero pie, ó como un brazo hinchado, el que, agarrado por mí, presentaba una ligera resistencia como de gas inflando una vejiga; este brazo, que llamaremos etéreo, debajo de nuestros ojos, en plena luz, de pronto se posesionó de la campanilla y la hizo vibrar.

Habiendo colocado dos dinamómetros Regnier sobre la mesa, á la distancia de un metro de la medium, á la que pedimos que ejercitara su máxima presión, vimos, en plena luz, en la misma maniobra, el minuterero apuntar 42 kilos de fuerza; mientras la Eusapia, jamás había podido, fuera del trance, llegar más que á 36. Y durante el desarrollo del fenómeno, ella pretende ver á su John (su doble espiritual) estre-

char entre sus manos el instrumento que ella en su ignorancia llamaba: *el termómetro!* Y contorcía las manos, estrechadas por nosotros y las tendía hacia el dinamómetro. Mientras tanto, yo observaba que su pupila se restringía y su respiración aumentaba hasta la dispnea.

Después de curiosos experimentos, el profesor Lombroso, hablando de los fraudes probables en las sesiones de investigaciones psíquicas, dice:

Medios de fiscalización suficientes para imposibilitar cualquier *truc* fueron aplicados á Eusapia, atándole manos y pies ó envolviéndolos en alambres eléctricos, que remataban en un timbre, el cual sonaba al más leve movimiento. Politi fué encerrado desnudo en una bolsa de lana por la *Sociedad de ciencias psíquicas*, de Milán. La d'Esperance fué puesta dentro de una red como un pescado y, sin embargo, en ese estado provocó la aparición del fantasma Yolanda.

También se realizaron experimentos físicos que presentan toda la seriedad y la importancia de los experimentos practicados con instrumentos de precisión; tanto más cuanto que se fiscalizaron por medio de la fotografía. Sin que esto signifique negar que de las fotografías espiritistas se haya abusado y hecho objeto y medio de fraude, es indiscutible que las fotografías medianímicas en manos de hombres de fama reconocida, como Jorge Finzi, Zollner, Crookes, constituyen un testimonio que es difícil poner en duda.

Zollner ató las dos extremidades de un largo cordelito y selló el nudo con lacre; luego lo mostró de pronto á Slade, expresándole el deseo de que se formaran otros nudos á lo largo de ese cordel, y los nudos aparecieron repentinamente, mientras las manos de Slade distaban un centímetro del sello,

quedado intacto. En otro experimento, Zollner ató dos gruesas argollas á un cordel que luego anudaba y colgaba del borde de una mesa sobre la cual Slade aproximaba las manos. De súbito, las argollas desaparecieron del lazo y se encontraron ensartadas al pie de una mesita que se hallaba allí cerca.

La d'Esperance fué fotografiada conjuntamente con su fantasma Yolanda, y éste á solas sin que nadie le acusara de *truc*.

El caso de Cook, sometida durante tres años á la observación de los más grandes experimentadores ingleses, me parece que quede por arriba de toda sospecha, aun en el fenómeno tan misterioso y tan discutido de la reencarnación. Florencia Cook, que en un principio no había revelado la menor predisposición, se sintió inclinada al medianismo después de haber asistido, en casa de una amiga suya, á una sesión espiritista, cuando no tenía arriba de quince años de edad; la mesa, en su presencia, se levantó hasta el cielo raso del aposento, y golpes y escritos directos pusieron de manifiesto su extraordinaria aptitud mediánica. Al cabo de algunas sesiones, empezó á aparecérselle el fantasma de una mujer visible y palpable de todos los presentes. En la duda de que pudiera tratarse de un *truc*, el *medium* fué atado con vendas, éstas selladas, y la Cook inmovilizada dentro de un nicho con cal y canto, como una momia, y sometida á la vigilancia de Crookes, Wallace y Varley; pero el fantasma continuó apareciendo durante tres años, dijo llamarse Katie King (sería la hija de John King de Eusapia Paladino), escribía, hablaba, tenía la misma talla del *medium*, pero mientras los cabellos de éste eran largos y negros, los suyos eran rubios y cortos; su corazón, auscultado por Crookes, daba 75 pulsaciones mientras el del *medium* daba 90. Fué fotografiada 40 veces, dos ó tres conjuntamente con el *medium* que estaba tendido en el suelo en *trance*, lo

cual excluye de un modo absoluto el *truc* de un disfraz en su parte.

La Cook sobrevivió al alejamiento del fantasma amigo, se casó y tuvo siete hijos sin perder nada de su medianidad hasta su muerte, ocurrida en 1904. En 1899, invitada en compañía de su hija mayor por la *Sociedad Esfinge* de Berlín, efectuó una serie de sesiones en las que se constataron varias materializaciones, entre otras, la de un niño vestido de blanco, del cual se distinguía poco claramente la cara, pero muy bien el pie y la pierna.

Hay manifestaciones mediánicas que no pueden ser explicadas con el supuesto del *truc*, como, por ejemplo, la de aquel muchacho inglés, el cual, sin haber salido jamás de su país, escribió corrientemente en caracteres chinoscos; la de la mujer francesa, observada por Richet, la cual escribió enteras páginas en griego, idioma del que jamás había estudiado ni el alfabeto; la de Home, quien dice á Soffletti que ve á su lado la negra la cual fué su ama de leche y le salvó la vida á los tres años y medio de edad, cuando estuvo á punto de ser arrastrado bajo la rueda de un molino—circunstancia que Soffletti tenía completamente olvidada y que después resultó exacta en todos sus detalles—y la del mismo Home cuando habla á la Pisk, que ignora su existencia, de un retrato de su madre con una Biblia sobre las rodillas—y la Pisk, registrando su casa, concluye por encontrar un daguerrotipo de 20 años atrás, en el cual su madre está retratada en esa postura, daguerrotipo que Home no puede jamás haber visto de ninguna manera.

Todavía más importantes, tanto por la mayor autoridad personal cuanto por la naturaleza de los hechos, son las observaciones de Stainton Moses. Entrado en comunicación con un sér que hacía llamarse Home, éste le refirió que había nacido en 1710 de un maestro de música y le citó las personas que en aquella época

le habían educado y con quienes había tenido relación. Stainton Moses practicó las averiguaciones del caso y pudo comprobar la exactitud de aquellas referencias. Además, enterado de que Home podía leer en los libros cerrados, le pidió que le escribiera el último verso del poema de Virgilio, y el verso fué escrito con toda exactitud. Dudando entonces de que influyera en el fenómeno su memoria inconsciente ó su sugestión, volvió á pedirle que le transcribiera los últimos renglones de la página 94 del último tomo que se hallaba en el tercer estante de la biblioteca—tomo del cual ignoraba hasta el título—y los últimos renglones fueron perfectamente reproducidos.

Los *mediums* son en general personas vulgares y tales eran y son Politi y Eusapia. Pero, si lo son por la cultura, no lo son por las condiciones de su sistema nervioso, y menos lo son cuando entran en *trance*, porque entonces sus rostros aparecen transfigurados, epileptoides.

Ahora bien: la mayor importancia de todas estas manifestaciones es seguramente debida al organismo del *medium*. Por ejemplo, en cuanto á Eusapia, se trata de una mujer que en su niñez sufrió un fortísimo trauma del cual aun presenta las huellas. En su juventud tuvo ataques histéricos, epilépticos y catalépticos; presenta tacto obtuso de milímetros 3,0 en el índice, campo visivo restringido y es diabética.

Cuando se encuentra en *trance*, se halla bajo una especie de acceso convulsivo epileptoide, en el cual pierde completamente la conciencia; el dinamómetro acusa en ella un aumento considerable de fuerza; su pupila primero se dilata y luego se contrae; parece una agónica ó una sonámbula—como ocurre con la d' Esperance. Y neuropáticos é histéricos eran Ho-

me y Slade y los demás *mediums* más famosos. Slade, mejor dicho, era epiléptico con semiparálisis derecha; Home, melancólico.

Todas las casas de Turín, repentinamente *hantées*, yo las encontré influenciadas por inquilinos neuropáticos; de forma que con alejar á éstos cesaban los extraños fenómenos. Así, en el aposento del obrero R. D. se oían en Agosto de 1903, durante la noche, extraños golpes, casi como cañonazos, en el espesor de la pared; se abrían repentinamente de par en par las puertas y las ventanas; los cabellos y las trenzas de los niños se retortijaban; todo eso después que el obrero había hospedado á una joven trigueña. Habiendo yo examinado á esa joven y constatado que presentaba puntos histerógenos, con hemianestesia lateral y con una extraña corea de los músculos abdominales que simulaba la danza del vientre, la mandé al hospital donde al poco tiempo curó. Pero lo que más importa es que, durante su ausencia, todos los fenómenos desaparecieron y una vez curada de la corea, no determinó más las manifestaciones mediánicas que ella provocaba inconscientemente mientras dormía.

El primer pensamiento que sugiere la vista de la gran influencia y de las grandes anomalías de los «mediums», es que todos los milagros espiritistas no sean más que efecto de las tales anomalías. Como en los histéricos y en los hipnóticos la excitación de algunos centros cerebrales durante la detención ó la paresia de todos los demás centros determina un desarrollo extraordinario de las fuerzas motrices y psíquicas hasta las inspiraciones del genio, y como en ciertos histéricos el centro cerebral de la visión adquiere una energía capaz de reemplazar el ojo y de ver sin éste, así parece aceptable la hipótesis de que las energías cerebrales de un «medium» pueden en el «trance» substituir los músculos levantando una mesa, escribiendo. Es fácil suponer que, cuando ocurre la

transmisión del pensamiento, el movimiento cortical, en que consiste el pensamiento, se transmite á través del éter á una gran distancia desde un cerebro predispuesto á otro. Y esta fuerza, como se transmite pueda también transformarse en fuerza psíquica, resultar fuerza motriz y viceversa, tanto más cuanto que nosotros tenemos en el cerebro centros que presiden justamente á los movimientos y al pensamiento y que, cuando están excitados, como en los epilépticos, provocan ora movimientos violentísimos de los miembros, ora las grandes inspiraciones del genio, ora el gesto feroz del delincuente.

Por lo que respecta á los «mediums» escribientes, ellos están casi siempre en un estado de sonambulismo y parece fácil admitir que el hemisferio izquierdo, en todos más activo y enérgico, se torne en ellos inactivo, mientras el otro hemisferio adquiere el máximun de actividad; y, por lo tanto, ellos no tengan conciencia de lo que hacen y crean obrar bajo el dictado de otro sér.

Pero Ermagora me hizo observar que la energía del movimiento vibratorio disminuye en razón del cuadrado de las distancias, y entonces, si es posible explicar la transmisión del pensamiento á breve distancia, no se comprenden los casos de telepatía desde un hemisferio á otro de la tierra, ni se logra comprender cómo el pensamiento llega al cerebro percibidor sin dispersarse, manteniendo el paralelismo á lo largo de miles de kilómetros, no obstante salir de un instrumento no emplazado sobre una base inmóvil.

Por lo que concierne á los «mediums» escribientes, la explicación no sirve para los que registran simultáneamente dos comunicaciones con ambas manos y conservan inalterada su conciencia. En este caso, los «mediums» deberían poseer tres ó cuatro hemisferios cerebrales.

He aquí cómo la explicación más obvia falla en forma análoga á la que supone la presencia del «truc». Agréguese que los casos, por decir así crónicos, de lugares «hantées», en los cuales durante muchos años se repiten las apariciones de fantasmas y los ruidos, relacionados con la leyenda de muertes trágicas repentinas, sin la presencia de «mediums», hablan en contra de la acción exclusiva de éstos y en favor de la acción de los difuntos.

Por otro lado, las contestaciones á menudo sabias, no raramente proféticas (aunque muy frecuente huecas y embusteras), casi siempre en abierta contradicción con la cultura de los «mediums» y de los asistentes á las sesiones, y la aparición de fantasmas con tanta apariencia de vida momentánea, no se puede explicar, aunque esta explicación deba naturalmente espe-luznar al hombre de ciencia, sin admitir que la presencia de los «mediums» en «trance» provoque á menudo la aparición ó la actividad, más ó menos vivaz, de existencias que no pertenecen á los vivos, pero que adquieren momentáneamente las apariencias y muchas propiedades de éstos.

Semejante doctrina no derriba las teorías positivistas; se trata, no ya de puros espíritus, despojados de materia, cosa que, por lo demás, nuestra imaginación tampoco puede concebir, sino de cuerpos en las que la materia está tan atenuada y afinada que no es ponderable ni visible, sino en especiales circunstancias— como los cuerpos radioactivos pueden emanar luz y calor sin disminuir aparentemente su peso.

Lodge, en el discurso que acaba de pronunciar en en la «Sociedad de ciencias psíquicas» de Londres, compara las materializaciones «con los fenómenos del molusco, que puede extraer del agua la materia

de su caparazón, ó del animal que puede asimilar la materia de su alimentación y transformarla en músculos, piel, huesos, plumas. Así estas entidades vivas, que no se manifiestan por lo general á nuestros sentidos, aunque estén en constante relación con nuestro universo psíquico, poseyendo una especie de cuerpo etéreo (nosotros diremos, con mayor propiedad, «radiante»), pueden utilizar temporalmente las moléculas terrestres que las rodean, para confeccionarse una especie de textura material susceptible de manifestarse á nuestros sentidos».

Hay además otro fenómeno más singular, que es menester admitir para explicar algunos de los hechos mediánicos más extraños: consiste en que en el ambiente del «medium» en «trance», y debido á la acción de éste, las condiciones de la materia se modifican como si el espacio en el cual tales hechos se desarrollan perteneciera, no ya á nuestro «tercia», sino á la «cuarta dimensión», en la cual, conforme á las teorías de los matemáticos, dejan de funcionar de repente la ley de gravitación y la ley de la impermeabilidad de la materia, así como las reglas que regulan el tiempo y el espacio, de forma que un cuerpo desde un punto lejísimo puede de golpe encontrarse en un punto cercano; un ramo de flores puede penetrar fresquísimo dentro de vuestro vestido (véase el caso expuesto anteriormente), sin presentar huella de ajamiento; una piedra, una llave ó un traje, penetrar en un aposento completamente cerrado; una argolla eslabonarse con otra; formarse y deshacerse nudos en una cuerda fija y sellada en sus dos extremidades; y producirse la «levitación», no solo de cuerpos inorgánicos, sino también de cuerpos vivientes. Quizá, con la suspensión de las leyes del tiempo y del espacio, se arribé á explicar cómo los «mediums» pueden ciertas veces resultar profetas, según constató, casi exactamente, en cinco ó seis casos, Hodson con respecto á la Pipea,

que pronosticó á personas perfectamente sanas su futura enfermedad é indicó quiénes las habrían curado y las complicaciones que habrían sufrido.

En todo esto distamos todavía del haber alcanzado la certidumbre científica. Pero la hipótesis espiritista se nos presenta como un continente salido incompletamente del océano, en el cual se vean aquí y acullá islotes lejanos más elevados, que solamente al pensamiento del hombre de ciencia dan la resultante de una inmensa y compacta region terrestre, mientras el hombre vulgar se ríe de la hipótesis tan poco segura del geógrafo.

Y en esta creencia me ratifico sobre todo, después del descubrimiento realizado en los últimos tiempos por Mijars, Aksakof, Sergi y Hartmann, de una segunda conciencia (la «sublimar», el «sub-consciente») que percibe y obra independientemente de los sentidos y los órganos, llegando á menudo en la clarividencia en el sueño hipnótico, en el éxtasis, en la inspiración genial, á resultados mucho más grandes que á los que arriba la conciencia normal atada á órganos, á los sentidos.

Sentada tal premisa, no es muy difícil imaginar que, como ocurre en el sueño y en el éxtasis, la acción de esta conciencia sublimar pueda prolongarse en el estado de muerte. Ya en el primer capítulo del libro del «Alma», Aristóteles dijo que, existiendo actividades ó estados pasivos pertenecientes tan sólo al alma, ésta debía considerarse como separable del cuerpo.

Hay además un hecho que me arrastra á la convicción más que todos los experimentos personales y todas las observaciones abstractas. Y es que en todos los tiempos y en todos los pueblos (como demostró Di Visme en su «Historia del Espiritismo») han sido admitidas, bajo forma de creencias religiosas ó filosóficas y hasta políticas, la opinión de que las llamadas almas

de los muertos sobreviven y la de su aparición y actividad casi exclusivamente nocturna, así como la de la influencia de algunos seres privilegiados, magos, brujos, profetas, los cuales actúan en nuestro espacio como si actuaran en la «cuarta dimensión», trastornando nuestras leyes de tiempo, de espacio y de gravitación— profetas y santos que se levantan en el aire, brujos que pasan con todo el cuerpo á través de la cerradura, que se trasladan en un abrir y cerrar de ojos á miles de kilómetros de distancia, que predicen el futuro y están en comunicación con el más allá. Y hay pueblos que, no teniendo á mano un número suficiente de esos seres y habiendo advertido que sus facultades mediánicas están vinculadas á grandes neuropatías, provocan el asomo de éstas, infligiendo, á algunos predispuestos, sobresaltos durante la infancia ó durante la concepción y prolongados ayunos, para fabricarse así «mediums» artificiales.

No obstante el desprecio con que se suelen mirar sus opiniones, el vulgo, si bien es cierto que, para alcanzar la verdad, no posee los medios del hombre de ciencia, ni su cultura, ni su ingenio, suple todo eso con múltiple y secular observación, cuya resultante concluye por ser en muchos casos superior á la del más grande genio científico. Así la influencia de la luna y de los meteoros sobre la mente humana, de la herencia morbosa y de la transmisibilidad de la tisis fué reconocida por el innoble vulgo antes que por el hombre de ciencia, el cual se reía de ella y quizá sigue aun riéndose (para algo existen las Academias!) á mandíbula batiente.

César Lombroso.

Paisaje de invierno

DE «EL ETERNO CANTAR».

. . . Las olas vagabundas
pasaban jadeando como improbos esfuerzos
en marcha hacia un remoto
ideal. . . Gemebundas
venian de lo ignoto
á estrellarse en el viejo murallón de granito. . .
Mi alma, como un semáforo,
erguida ante el estruendo
de todas esas rudas voces del Infinito,
se agitaba al impulso de la racha violenta,
y al pasar de las olas aclamando y rugiendo,
mi alma, como un semáforo, anunciaba tormenta. . .

Pesadamente, inmensas nubes grises
recorrian la altura. . . La neblina lejana
evocaba el recuerdo de hiperbóreos paisés
cantados por Dario, pintados por Carrière. . .
Un viento rudo y frío azotaba mi frente,
cual si obstinadamente se empeñase en barrer
los vagos pensamientos que velaban la lumbre
de mi vida. . . A lo lejos
navegaba una barca de pescadores,
recortando en la bruma sutil sus aparejos.
Su vela blanquecina oscilando incesante
sobre el inconfinado crespamiento del mar,
se abatía y se alzaba, tendiendo su aletazo
entre el furor de la onda y la opacidad del cielo,—
monstruosas y magníficas impiedades las dos,—
semejante á un enorme cariñoso pañuelo
que aletea en la angustia trémula de un adiós!

Yo me sentía lleno de esa inquietud inmensa
extendida ante mí. Una vaga emoción
misteriosa, imprecisa como la irrealizable
levedad de la bruma,
sobrecogía inexplicablemente mi corazón,
lo sumergía en la tristeza suma
de una determinada desilusión. . .
En mi alma hacía
su nido el buho del Presentimiento. . .
Me asaltaba el presagio de un mal desconocido,
de un terrible,
de un malaventurado advenimiento. . .
Sentía que un peligro invisible
Cerníase cercano de mi erguida cabeza,
cogiéndome en la onda de su estremecimiento:
era como un rumor de alas en la sombra,
de alas que venían á rozarme las sienes,
ó era como una voz que pasa por el viento
y cautelosamente nos nombra. . .

Oscilaba mi espíritu al soplo de una angustia
que llegó de la melancolía de las cosas:
del cielo gris, de aquellas tormentosas
nubes, del mar furente,
de la espuma que brilla en la cumbre de una ancha
ola, como la nieve en la cumbre de un monte,
y, por último, de aquella frágil lancha
que embestia su proa en el horizonte.

Inmóvil sobre el viejo murallón
dejaba penetrar mi corazón
por esa expectativa de un peligro
que nada hiciera sospechar. ¿Qué oculto
agüero atemorizaba mi ánimo? Sentía
que un mar de oscuras asechanzas
poníame en zozobra,
y así mi ánimo era acaso comparable
al de aquellos humildes pescadores
que, por ganarse el pan de cada día,
lanzábanse á la obra
de atravesar las furias del gran monstruo implacable,
y que tal vez, en el momento mismo
en que yo entre la niebla llegaba á divisarlos,
pensaban que las fauces horribles del abismo
á sus plantas se abrían, prontas para tragarlos. . .

Emilio Frugoni.

La Ciencia y el Espiritismo

Entrevista con Enrique Morselli sobre las investigaciones
medianímicas

Yo no conocía, personalmente á Enrique Morselli. Quién sabe por qué, mi fantasía me lo había pintado como un hombre de elevada estatura, delgado, de barba gris, cuya boca se hallaba semicerrada por irónica sonrisa. En cambio, he hallado un hombre sencillo, cortés, sereno, á quien la vulgar prevención no hace mella. En sus ojos, tan vivos y penetrantes, se hallan miradas de benevolencia que os alientan á confiar; sobre su frente blanca y vasta, deben vagar pensamientos tan elevados, que él, por cierto no me lo dirá, pero que deben tocar el más excelso idealismo. Su estudio en Génova (allí él me recibe con toda cortesía) es un conjunto genial de gabinete de clínico y nido de estudioso.

Apenas le digo que he venido para pedirle su parecer sobre el momento porque pasa el así llamado espiritismo, para saber si al punto en que estamos no tenga nada que decir de nuevo sobre el terrible argumento, él se lleva con gesto de grande sinceridad las manos á los cabellos.

—Por caridad, Palmarini, ¿qué cosa quiere usted que le diga? Yo me he propuesto no contestar ya á nadie; de todos modos es tiempo perdido! Vea (y se levantó y extrajo de una biblioteca un grueso paquete de papeles que abrió y me hizo examinar), esto es

un libro mío sobre *Espiritismo*, no me queda más que pasarlo á la tipografía; todo está pronto! Esto será mi palabra definitiva sobre el espinoso argumento: vea usted, entonces, si me ocupo de ello y si me he ocupado!

—Está bien y me auguro que se pueda leer, lo más pronto posible; su pensamiento será de extraordinaria importancia. Pero, entre tanto, dígame, al menos, si usted cree que las investigaciones medianímicas, desde el campo vulgar del empirismo hayan pasado de un tiempo á esta parte, á asumir cierto carácter científico.

—¿ Científico? ¿ Las investigaciones medianímicas? Pero, por quién y desde cuándo han tomado carácter científico? Por ahora puedo afirmar que nos hallamos en el más absoluto, grosero, empirismo. Si pensamos en la técnica que regulariza las sesiones medianímicas, á los jueguitos, á las frivolidades que hacen ó no posible el manifestarse de estos fenómenos, no podemos, nosotros habituados á la severidad de las investigaciones científicas, más que indignarnos de semejante estado de cosas. Mire: yo no niego la existencia de los fenómenos; los creo verdaderos; y los creo verdaderos no solamente porque me son referidos por personas dignas de fe, por científicos todavía, sino también porque yo mismo los he experimentado.

—¿ Sin duda de fraude? interrumpí.

—Pero, no—á lo menos—creo que no; y casi garantizaría que el fraude fuera casi imposible; pero... una certidumbre matemática yo no puedo darla. Cierto, que si dichos experimentos fueran debidos al fraude, los fenómenos serían aún más extraordinarios.

--Entonces, decía, Profesor...

—Decía que los fenómenos son verdaderos, pero tan caprichosos, tan irreductibles, tan desiguales y rebeldes á todo determinismo experimental, que es natu-

ralísimo que el científico, se rebele y desconfíe. Pero hay más todavía; admitido también un origen espiritual de estos fenómenos, (decía bien Cayetano Negri) repugna al pensamiento el unir este mundo sublime á las prácticas groseras de las sesiones espiritas. Yo, por ejemplo, he visto en una sesión de esas un fantasma que se había presentado como si fuera mi madre. Y bien, ¿qué quiere? si yo pienso que un sér tan querido se ha dejado arrastrar allí por las deprecaciones convulsivas de un medium cualquiera, mientras no me es lícito el volverlo á ver á mí, su hijo, siento una repugnancia natural y una razonable desconfianza.

—Pero, vea, Profesor, la persona más sagrada y querida de mi existencia, si quisiese venir á hablarme sobre una montaña erguida, debe valerse de la grupa de una mula, no pudiendo usar la velocidad aristocrática del automóvil ó de los *wagons-lit*.

—Comprendo, comprendo—agregó el ilustre científico—aun la bomba de jabón que brilla con tan irradiantes colores está formada de agua y jabón ordinario. Pero, todo esto, precisa demostrarlo, precisa someterlo á un método cualquier, á cualquiera determinismo científico. Es inútil, de cualquier clase que sean estos fenómenos, deben de estar sujetos á leyes! Yo no quiero pretender someterlos más bien á una ley que á otra, aunque esté demostrado que para obtener tales fenómenos se precisan mediums, gabinetes oscuros, linternas rojas, cadenas, etc., pero verifiquémoslo, establezcamos una organicidad á estas prácticas, despojémoslas de toda incertidumbre.

—Pero, excuse, no le parece que si no conocemos aun la naturaleza de estos fenómenos, no podemos pretender fijar sus leyes? ¿Y si estas leyes no existieran, á lo menos en la forma determinista que nosotros pretendemos?

—No es así. El método experimental es demasiado

categorico y el tiempo mismo, demasiado libre, para dejar escapar cualquier clase de fenómenos. Dada una causa, no se dice que deba producir aquel dado efecto, si no un efecto constante: ahora si la causa A produce el efecto B, yo debo poder hallar que siempre la causa A produce el efecto B. De hecho que una serie de fenómenos se produce: si se producen deben obedecer á leyes; yo no quiero saber si son leyes morales ó materiales, espirituales ó psíquicas, digo, solamente que si estos hechos se producen, yo, científico, debo hallar su fenomenología, después de haber precisado su sinceridad y sus condiciones.

—Así que usted es indiferente, aun delante de su génesis, espiritual ó física; usted no rehusa dar una explicación aunque fuera extra-humana?

—De ninguna manera. Soy y lo fui siempre, un positivista sin prejuicios. Si mis experimentos me condujeran á conclusiones que, verdaderamente, estos fenómenos, son producidos por seres que sobrevivieron á la muerte, yo no tendría dificultad en publicar mis conclusiones; y también si debiera llegar á conclusiones contrarias, yo lo haría igualmente.

—Usted, Profesor, ha experimentado con la Paladino?

—Sí, y no una vez sola; asistí á cosas extraordinarias; pero... ¿sabemos nosotros cuáles fuerzas están en juego en dichas sesiones? Aquel control riguroso que sería necesario para hallarnos fuera de toda duda, no es posible. El solo que hubiese comenzado una serie de experimentos con carácter científico es Crookes; pero todo eso es ya cosa vieja.

—Y las de Richet?

—Richet, cree demasiado, tiene demasiado prejuicios. Ahora, para conducir experimentos severos es preciso despojarse de toda tendencia, sea á favor, como en contra. A lo menos, no es tan peligroso el creer poco.

—¿Qué piensa usted de la interpretación que explica los fenómenos como una alucinación colectiva?

—Yo no podría aceptarla en absoluto, no tanto por el hecho que los estados alucinatorios están acompañados de otras condiciones patológicas, que yo no he verificado en mí, ni en aquellos que asistían á las sesiones, cuanto por un hecho bastante probatorio. Nosotros vimos medio fantasma luminoso; y bien, el que se hallaba de frente, lo veía de frente, el que de perfil, lo veía de perfil. Comprendo que se puede llegar á decir que la alucinación fuera tal como para crear esta diversidad prospettica, pero... usted convalidará que... vamos... sería un fenómeno más extraordinario todavía.

Entonces, yo narré una serie de investigaciones, hechas por mí en algunas sesiones de nuestra *Sociedad de investigaciones psíquicas* de Florencia, para verificar, precisamente, la atendibilidad de esta interpretación alucinatoria; investigaciones que se referían sobre los sentidos: vista, olfato, tacto y oído y que resultaron completamente negativas: y el ilustre profesor reconoció que, en parte, eran concluyentes.

—Entonces, en conclusión, Profesor, según usted, nos hallamos todavía, en la oscuridad más completa?

—Para mí, sí, absolutamente! Mientras no sea posible tener *mediums* potentes, constantes, dóciles, con los cuales se puedan instituir una serie determinada de experimentos de gabinete, con todos aquellos instrumentos que en la ciencia fisiológica y psicológica experimental, con tantas fatigas se han inventado, no se podrá hablar nunca de investigaciones científicas sobre el espiritismo. Quizá de este fárrago de hechos empíricos en los cuales, quién sabe, pocas y grandes verdades se hallan mezcladas á una multitud de supersticiones, de engaños, de fraudes, saldrá una ciencia nueva, como de la astrología resultó la astronomía y de la alquimia, la química; pero, por

ahora, me parece, que se está no digo en el estado de alquimia, sino en el estado prealquimístico.

—¿Cree usted que entre los estados hipnóticos y los estados medianímicos, pueda haber una correlación psíquica?

—No he hecho experimentos á propósito y no puedo, por ello, responder; pero, creo que debe haber una correlación y sería importante investigarlo.

—De todos modos, Profesor, sin pretender obtener de usted una respuesta categórica y teniendo en cuenta sus reservas, yo quiero saber—dada la objetividad de los fenómenos que usted no niega—si usted tiende á la explicación antropodinámica, mejor que á cualquiera otra de índole sobrehumana?

—Sí; con todas las reservas sobre la naturaleza y la sinceridad de los hechos, yo propendo á la explicación antropodinámica. Son fuerzas que provienen de nosotros mismos... á lo menos, hasta que se nos pruebe lo contrario.

El ilustre científico que me había prometido no poder hablarme más de media hora, vió que nuestra conversación había durado hora y media! Me levanté, agradeciéndole, con reconocimiento por su cortesía y Morselli, enseñándome algunos hermosos grabados puestos en marcos elegantes, colgados en las paredes, exclamó con aire burlón:

—Vea, Palmarini, y después dicen que no creo en el espiritismo: mire usted esta bella mano medianica fotografiada; esta otra, la conoce, es miss Kate-King, el fantasma—persona de Crookes

Tenia en el rostro, el Profesor, algo de tan noble y profundamente expresivo, en aquel momento, un aire, mejor dicho, un aura de alta poesía, tanto que, despidiéndome, sonreí.

—Ah! Profesor, puede usted proclamarse positivista, pero, en el fondo, como todos los hombres de alta mentalidad, usted es un idealista...

J. M. Palmarini.

La fuente ⁽¹⁾

Líquidos tirsos germinan de prisa
con regocijos de luz transparente,
caen y se copia en su cuenca la fuente,
y del sol prisman la blanca sonrisa.

Ya surge estriada columna y se irisa,
ya se doblega cual arco esplendente,
cuello diamante de cisne ó serpiente,
sube resuelta y se quiebra indecisa.

Canta con suaves rumores de plata
su «linfonia» de música grata
que en flecos de agua la borda de bruma.

Y salta, alegre, brillante, rebota,
se pulveriza de luz cada gota
y es beso de iris y aljófár de espuma.

Carlos López Rocha.

(1) Del libro en preparación «Heterogéneas».

El ideal en las letras castellanas

Pocos vasos ha habido, en las literaturas de todo el mundo, más magníficos que las cincelados por los genios de las letras castellanas. ¿Quién los igualó en la elegancia de la línea, en el capricho del dibujo, en la combinación de materiales nobles, ya fuera el vidrio, ya la terracota, ya la repujada plata, que les sirviera á su afán creador?... Pero, la esencia que encerraron en las bellas redomas, en las ánforas de oro, en las cráteras de cristal vibrante, mortal fué, deletérea fué para los cerebros, preparando la decadencia.

En las vastas catedrales del pensamiento escrito, levantadas por los artifices de la edad de oro y los que sus pasos hollaron, apenas había aire, no penetraba la luz sino tamizada por los históricos ventanales. El que, absorto y callado, contemplaba aquellas suntuosidades del estilo, aquellas curvas, llenas de la molición árabe, las cúpulas, finísimas agujas marmoreas que enhebran el azul del cielo y el azul de los sueños, el que se extasiaba en la música religiosa de los párrafos, en el sonoro tronar de tubos orgánicos de las estrofas, probaba la emoción sublime que nos eleva á otras regiones el espíritu... El veneno estaba servido, admirablemente; el tedio de la vida se infiltraba en las almas con delicias del pensamiento. La idea adelgazaba sus energías; la sangre, batallona, perdía sus glóbulos rojos en el continuo derrame conquistador y en la inercia de los claustros monarcales.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

En la estrofa celebrada de Manrique, podría condensarse todo el ideal de renunciamiento, todo el sacrificio de la vida que ha obsedido á los cultores de las letras castellanas. Vefan «cómo se pasa la vida»; no la exaltaban, no la magnificaban; para qué? Querían ver el alma despertada, para ahogar las expansiones naturales, para que la risa no floreciera en los labios; y por ello, castigaron la carcajada estridente de Quevedo con la cárcel y la pobreza. En el tragar monótono de ese ideal ascético, el músculo se relajaba, la voluntad se enmohecía; y logró hacer una imágen viva del porvenir de España en el simulacro de sepelio de Carlos V. No era un emperador epiléptico el que se enterraba en aquella fosa sombría, creado por las cántigas macabras de los encapuchados; se distendían, en la tumba prematura, los destinos de todo un pueblo heróico, llamado á tocar cumbres inmortales.

Aquellas letras, tan bellas en la forma, tan justas y armoniosas en su euritmia, no tenían vigor de vida; habían copiado «la manera» al pensamiento helénico, habían imitado el melódico decir romano; la onomatopeya era pagana; otro era el fondo, otro el ideal. No cantaban la virilidad, sino que cubrían de terciopelo, dispuesto en ondulantes pliegues artísticos, la ponzoña, el raquitismo del pensamiento. No elevaban á potencia el valor humano, no exaltaban el trabajo, no martillaban el honor de la industria sobre el yunque del pueblo; dejaban que la ciencia pereciera, vergonzante, cuando no ardiese en la hoguera de Servet; y, solamente, empujó al arte pictórico porque

él, con lo sugestiva fulguración de sus imágenes, también cooperó á la obra tristísima. El ideal de aquellas artes fué morboso; y ahí comienza el declinar del sol de Gades, juntó á las famosas columnas hercúleas legendarias.

La tinta que emplearon los preclaros ingenios de nuestras letras, fué roja como la sangre. ¿No fué sangre, en realidad, con que miniaron sus páginas, los hijos de aquel ambiente en que, las conmociones políticas, deformaban, hundían ó elevaban el subsuelo sociológico, creando alturas de ideas y cavando abismos de pensamientos, en los que se ha sepultado la enérgica vitalidad de la madre patria? . . . Fué con sangre escrita, la suma grande de páginas literarias castellanas. Y lo fué con exceso, con desmedida, desbordando del drama ó de la novela, para detenerse, apenas, en la poesía pastoril en que «el dulce lamentar de los pastores» se escucha, como una melodía lejana de zampona, vibrando añoranzas, en una perfumada tarde opalina de Andalucía.

En el fondo de toda obra intelectual, allá sobre el retablo exornado de pedrerías y oros, se custodia el tabernáculo del desprecio por la vida. El cuerpo es dezlenable arena sobre la que edificamos nuestros sueños; destruyamos, en el océano de lo eterno, esas playas encantadas sobre las que distienden sus miembros gozadores las sirenas risueñas del placer. ¿Qué importan estas apariencias materiales, dice el ideal cenobita, si esto no es más que el tránsito para el alma? ¿Qué importa el crimen colectivo de lesa civilización de la expulsión de los árabes, y la ruina total de sus artes magnificentes? ¿Qué importa? . . . Aquel crimen colosal, se está pagando todavía; á no haberlo cometido, hoy, casi toda la Europa y las dos Américas, serían españolas.

Cuando quiso despertar, la gran nación que había hecho, de verdad, de las columnas de Hércules, un

símbolo vivo, cuando se dió cuenta que, solamente, los fuertes triunfan en la vida, y que los despreciadores del cuerpo sucumben, era tarde. ¡La sangre de los hidalgos que se habría robustecido en el gimnasio glorioso de la fábrica, del taller, de la Naturaleza conquistada por la garra del arado; la sangre, encendida en el ardor del botín guerrero, estaba empobrecida; y aunque la voluntad de morir, era de puro acero toledano, durísima como sus corazas de bronce y oro, no pudo vencer; y cayó, siete veces, en el mar y en la tierra, como un sol despedazado en mil fragmentos, irradiantes, sobre la noche de los tiempos. Y cayó, solamente por esto, porque su firmísima voluntad era suicida, «porque su voluntad era de morir!...»

Por muchos siglos, ese fué el Ideal. Ah! pero no se enturbian, impunemente, las fuentes de la vida, con fango semejante; no se arrojan á sus aguas cristalinas, los sapos viscosos que gangosean salmos de ultratumba. El tósigo sutil, servido en tazas cinceladas por los artífices más hábiles, el ideal del renunciamiento á la vida, debía producir sus lógicos efectos en el cuerpo nacional; y si éste no sucumbió, enteramente, fué porque tenía tan arraigada el alma, tan potente la contextura vital, como para rejuvenecerse en cuanto se le oxigenara la sangre con los ideales más elevados.

Lejos de nosotros el cobarde temor de negar la verdad cuando nos ilumina como el mayor y más espléndido de los soles.

La verdad no es una hoguera inquisitorial que nos quema las entrañas, que marchita las flores más lozanas del ingenio humano, que arde á aquellos osados que predicaron el libre examen, é inflamaron al pueblo de ansias febriles de libertad. Todavía, á aquéllos, los miramos, atónitos, destacar de entre las llamas, sin bajar el brazo, más heróicos que Scévola,

sin declinar el índice que nos muestra la aurora del ideal, mientras quedara en ellos un átomo de vida, y vibrara un grito libertador en sus labios, y alentara una protesta en su alma.

Quiso cantar á la vida, uno solo, y obligáronlo á que, entre las torturas del hambre y las tétricas lóbregueces de una cárcel, escribiese el libro inmortal. Fué Cervantes, el primero que señaló la senda, el primero que despertó la vida, en la expansión alegre que su obra nos provoca; el primero que tentó arrojarse en brazos de la Naturaleza, viviendo tan sólo para el amor fecundo. Hasta nuestros días, en que, otra voluntad de acero intelectual, ha derrumbado las vetustas catedrales, invirtiendo los valores del pensamiento ascético: Pérez Galdós ha derribado las cúpulas que encerraban los charcos fétidos para las almas; y ha construído la ciudad nueva, aireada, desbordando encantados jardines andaluces, exultante de luz, repleta de los abundosos manjares del Trabajo y de las refrigerantes granadas del Amor. Pérez Galdós, ha restaurado el honor de la escuela cervantina de exaltar el sacrificio noble, sin renunciar á la vida.

Si en ese símbolo viviente del Quijote, pudo hallarse, muchas veces, una síntesis ideal del cerebro castellano, mejor podemos verlo en esa imagen pasmosa de «El burlador de Sevilla» de Moreto. El Don Juan nacional, hastiado del placer de la tierra, que persiguió con exceso, agotando en una existencia, la dicha de vivir de cien organismos, á la postre, desmedulado, fué á buscar en el cielo el renacimiento de su alma. En su moral hipócrita, no hará más que pedir al espíritu una prolongación del placer violento que lo poseyó, quemándole las entrañas, en los fogosos años juveniles.

El ideal moderno, después de las dolorosas enseñanzas del pasado, después de la decadencia, nos

muestra, por los fulgores de las actuales cerebraciones castellanas, que vuelve á ascender la curva en su parábola luminosa. Nos muestra, brillante y batalladora, la pléyade de los ingenios cultores de la «fábula deleitosa», de Salvador Rueda á del Valle Inclán, y desde Santos Chocano á Julio Herrera y Reissig. Nos dice que la raza no morirá, aterida y anémica, como hubiera desaparecido si estuviera todavía escuchando la música de roncós batracios de los elegiacos que cantaban:

Ven muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir,
No me vuelva á dar la vida!

Ya no hay sauces en España ni en América, para colgar de ellos las plañideras arpas y confiar al viento vagabundo que sea él quien arranque las vibraciones del Amor, del Arte, de la Ciencia. Vida nueva renace en el viejo tronco, y nuevas ramas se elevan al sol primaveral; la esperanza nos pone alas á la espalda, la voluntad nos presta su martillo y, en el yunque del estilo, golpearemos con tal fuerza, que las vibraciones del pensamiento latino traspasarán los oídos de cien generaciones, exultarán de alegría sus almas, los impulsarán á la labor fecunda, al amor fecundo, á la gloria, fecundadora de palmas y laureles.

El ideal debe ser de creación y de vida, para no pasar estériles, como aquellos ruiseñores de plumaje negro, que vivieron cantando, durante siglos, sobre la misma rama, viendo el agua correr á sus pies, mansamente, hacia el olvido y hacia la muerte.

Un arte nuevo, de creación y de vida, debe exaltar antes que nada, la fantasía, el númen, la «mens divinior» que brota de los inexplorados cielos de la inspiración; la línea graciosa de las Venus griegas,

jamás superada por la Naturaleza; el ideal hermoso de la ninfa de Pompeya, el grito supremo de Hipatia antes de caer ultimada por los anacoretas; el pensamiento aquel de Séneca que lo redimió de su vida cortesana, haciéndole lanzar su anatema, clavado en la frente de todos los Césares; la protesta colosal de Ibsen contra las mayorías acarneradas en el sufragio universal: el acento estentóreo del padre Galdós que ha creado un Arte de estado superior, que con su floración, luminosamente extraña, ha venido á suplantar la vieja hiedra, empolvada, en los pórticos de las catedrales desiertas.

Engendrado en las cortes árabes, el verbo vibrante que anima el alma de nuestras inspiraciones fieles, que embelleció sus tonalidades al pasar por labios de Garcilaso, de Luis de León, de Cervantes; que subió, en altisonancias heroicas, al diapasón de los golpes en los bronceos escudos que llamaban á las justas por el Amor y por la Patria; que vibró como el oro en Quintana y como el bronce en Núñez de Arce; hoy, vigorizado por el ideal grandioso de la vida, viva y palpita, el verbo castellano, entre el rumor de las máquinas aceradas, sobre el silencio de los laboratorios, dominando el tumulto de las clases educativas y fulgurando bajo el parainfo de los Ateneos.

De Perez Galdós á Rubén Darío, de Blasco Ibáñez á Valencia, el pensamiento castellano ha modelado el sello propio, como una medalla de Donatello, en el metaloide de la originalidad, fundida al fuego de los ideales más avanzados. Ellos, los Magos, que encienden, en el haz de pajas mítico, el fuego del Arte, á cuyo rescoldo hallará vida de ideales la humanidad aterida en su noche nativa, no se fijaron jamás en el molde preestablecido. Los Maestros, llegaron á conquistar su sello personal, lo tallaron en bronce ó acero, para incidirlo en el alma multiforme, al calor de los más hondos sentimientos.

Mis compañeros por el Arte: el ideal debe ser la conquista de la voluntad. Jamás se detiene la voluntad en marcha: corcel alado que vuela sobre el mundo, que planea sobre las pasiones, las fauces dilatadas, esparciendo fuego, las crines sueltas, oreadas por vientos de libertad, galopando en el azul, arrancando chispas de luz al chocar los voladores cascos en el fleco irradiante de las estrellas de oro, no la detendrá el aliento pequeño de las almas rampantes.

Y, reintegraremos ese ideal, en la dicha del vivir, expandiendo en plena Naturaleza nuestra alegría y nuestra audacia. Para purificar el alma, hay que embellecer la estatua viviente; la vida no debe restringirse por ningún canon; el beso debe ser elevado á religión, el Amor á un culto. Yo vengo á anunciaros que, más allá de la vida, continúa la explosión amorosa de las almas, de los seres que, en la tierra, con-juncionan los labios apasionados.

Francisco C. Aratta.

“Alto silenzio regna”...

Hubo un largo silencio
Entre los dos amantes,
Un gran silencio lleno de añoranzas,
De recuerdos vibrantes
Y dulces, halagüeñas esperanzas.

En el alma cantaban las memorias
De los dichosos días
Como triunfos y glorias;
Lloraban sin dolor suaves tristezas
Y las melancolias
De sabrosas ternezas
Eran una obsesión indefinible
De acritud dulce y de dulzura amarga,
Como esas remembranzas melodiosas
De músicas inciertas, caprichosas,
Que acuden sin llamarlas á la mente
Y forman « ritornello » persistente.

Los encuentros furtivos;
El misterioso encanto de una hora
Que ya no volverá y que se colora
Con los tonos más vivos
De un crepúsculo ardiente;
La duda, la impaciencia febriciente
Con sospechas falaces;
Lánguidos abandonos de reposo,
Brevisimos, fugaces,
En un olvido de la inquieta vida
Exterior, y del mundo clamoroso,
Que implacable persigue como Armida
Con el odio, al que un tiempo enamorado
A sus pies vió rendido, esclavizado...

¡ Oh silencio admirable!
¿ Quién pensará en turbarlo?...
Sólo humana ilusión indescribable
Hizo que esperanzados en mudable
Destino, retornaran los amantes
A la pasión antigua, vacilantes,
Anhelando sentir los viejos goces
Como nuevos, en una Primavera
Renovadora de la vida entera
Y reavivar encantos y embelesos
De las horas inquietas, embriagantes
En la unión del ensueño y la quimera.

Resuenan dulces, trémulas, las voces,
Se oye rumor de besos...
Pero pronto vendrá un nuevo silencio
Que otra ilusión ha de romper, instable,
Y otro después, que no hay pasión tan fuerte
Que igual, inalterable,
Perdure hasta el silencio de la muerte.

Benjamín Fernández y Medina.

Examen de latinidad

(Recuerdos de la vida de estudiante)

Era en esos días de terrible fiebre estudiantil que se enseñorea de la Universidad cuando llega el período de los exámenes. Por todos los rincones veíanse rostros adustos y pálidos, cuerpos nerviosos é intranquilos, ademanes precipitados y violentos. Como seres mercuriales, los estudiantes no podían estar quietos y huían, resbaladizamente, al más mínimo contacto: iban y venían, trepaban escaleras, se despeñaban por los patios de gimnasia, entraban á la biblioteca, sentábanse, formaban corrillos, se diluían, hacíanse preguntas con verdadera desesperación, y de pronto escapaban como saetas, sin saber dónde, pero sí á formar otro grupo, subir otras escaleras y reiterar la misma pregunta que les llenaba de miedo. Todos tenían la cara terrosa y los ojos enrojecidos por las últimas noches pasadas en claro; todos vestían con un descuido lamentable que denunciaba otra más seria y profunda preocupación que la de sacar bien hecho el nudo de la corbata ó cuidar que no hicieran rodillas los pantalones.

—¿Qué tal está la mesa examinadora?

—¿Hay muchos *bombazos*?

—¿Cómo es la fórmula general de las ecuaciones de segundo grado?

—¿Lo aprobaron al indio García?

—¿Son anfibios ó peces los malacopterigios subranquiales?

—¿Qué tal? ¿estás preparado, hermanito?

Por lo regular, las respuestas eran poco tranquilizadoras, como los sermones de un cura loco:

—Los examinadores están bravos como tigres.

—Doce reprobados, *ché*, de una hornada...

—¿La fórmula?... $a x^2 + b...$ ¡Hombre! ¡no lo recuerdo!...

—¿Si le preguntáramos á Rodríguez? Ese bárbaro conoce todos los animales de la zoología como si fueran miembros de su familia... ¡estudia todo el año!...

—Yo estoy flojazo, querido...

Y así por el estilo. En otros grupos, los buenos estudiantes discutían con tal derroche de argumentos que dejaban boquiabiertos á los haraganes que no habían abierto el texto durante el año:

—El ácido hipoazoico es una *macana*. No hay tal ácido, desde que no se combina con el agua ni con las bases.

—Pero, hijo, si es lo mismo que el anhídrido sulfúrico, que otros llaman el ácido sulfúrico anhidro...

—¿Qué ha de ser! ¿Tú sabes cómo se prepara?

$PbO, AzO^3 = PbO + AzO^1 + O$. Conque ya ves...

—Sí, muy bonito; pero te olvidas que hay otro método.

—¿Otro procedimiento?

—¡Está claro! ¿Y la fórmula: $Az O^3, HO + SO^2 = Az O^1 + SO^3, HO$?

—¡Ah! ¿Y de ahí tú concluyes que SO^3, HO , ácido sulfúrico normal, es lo mismo que $Az O^1$ ácido hipoazoico? Te felicito, chico...

Aquí, metía la pata uno de esos pobres seres para los cuales la química es un geroglífico continuado:

—*Ché*, dígame por favor... El ácido hipoazoico ¿es el que llaman gas hilarante?

—No diga barbaridades, compañero,—respondía compasivamente el otro.—El gas hilarante, llamado así por Davy, es el protóxido de ázoe, que sobre ciertas personas produce una sensación de embriaguez. Contiene á veces pequeñas cantidades de bióxido de ázoe ó de ácido hipoazoico y por ello es peligroso como anestésico.

—¡Ah! Ya sabía yo que había algo del hipoazoico...

De pronto, se acercaba al grupo un rostro de moribundo; pero viendo que allí no se trataba de la cuestión que á él le tenía intranquilo, alejábase taciturno para ver de encontrar alguno que le sacara del apuro.

—¡Maldito sea! ¿Cómo diablo se llama ese río que pasa por Bangkok? ¡Ché, Ricardo! A ver si te acuerdas... El nombre del río que pasa por Bangkok?...

—¿Por Bangkok?

—Sí, hombre, Bangkok. ¿No te acuerdas que muchas de las casas de esa ciudad siamesa están construídas sobre grandes balsas amarradas á las orillas de un río, razón por la cual la llaman *ciudad flotante*?...

—Espera, chico, espera... ¿No será Glasgow ó Charleston?

—¡Hombre, no seas bruto! Tú has leído las novelas de Julio Verne, *Una ciudad flotante* y *De Glasgow á Charleston*, reunidas en un volumen, y te figuras...

—Pues, hijo, como no sea el río *Amor*, yo no conozco otro río por aquellos parajes ..

Otros estudiantes recorrían el patio á largos trancos, devorando las páginas de un libro fregoteado ó de un cuaderno de apuntes. En el corredor, también se veían jóvenes inquietos, dándose las lecciones á sí mismos, en voz alta, sin cuidarse que les oyeran ó les llamaran.

Entretanto, arriba, funcionaban varias mesas examinadoras, las de geografía, química, latín é historia natural.

Unos cuantos estudiantes hacían comentarios sobre los exámenes. Decíase que fulanito había rendido un espléndido examen y que mengano había estado imposible. Algunos, con envidiable buen humor, recordaban graciosas anécdotas, desatinos colosales proferidos por estudiantes miedosos ante el tribunal examinador: que Gay-Lussac era el inventor de los globos; que Sócrates había muerto de un disgusto y César de un tiro; que el Amazonas desagua en el mar Caspio; que el cloro es un compuesto del hidrógeno, y que la revolución sinódica de la luna es lo mismo que su movimiento de rotación. Y se recordaban, también, los episodios del curso, las amenazas del catedrático, las borricadas cometidas por algunos traviesos, — bochinches que ahora pagaban caro en la hora de la prueba. Se citaban nombres de estudiantes modelos, discutiéndose la nota que obtendría y si tenía ó no suerte en las bolillas que le habían salido en años anteriores. Muy pocos hablaban de noviazgos y calaveradas, pues los momentos no eran propicios para recordar otra cosa que las crueles preguntas del programa. Decíanse, en fin, los unos á los otros, que tenían miedo, que no estaban preparados para la prueba, á lo que regularmente se contestaba:

—No seas tonto. Ya quisiera yo estar tan bien como tú.

Y todo ello iba dicho por egoísmo, por oírle decir al otro que era uno el que saldría bien del examen.

Súbitamente, vibraba la campanilla llamando al bedel para leerle la nota al examinado; y entonces salía éste del salón, tembloroso, á ciegas, sin ver á nadie, conmovido aun por la ruda prueba. Y allí se le felicitaba en silencio, por si acaso; se le daba ánimos, con sonrisas y palmaditas en la espalda.

—No tenga miedo, amigo; ha contestado bien. Por lo menos, saca usted un sobresaliente.

Entretanto, los examinadores cuchicheaban entre sí,

como si se gozaran en prolongar el martirio del pobre estudiante. Luego se oía el rumbo de los puntos de hueso cayendo en la copa de madera negra. Pero, aun duraba algunos instantes la terrible espera: el bedel escribía con toda cachaza la nota; después erguía el busto y su voz ronca rasgaba el hondo silencio:

—Don Manuel Salguero, bueno por unanimidad con un voto de sobresaliente: dos nueves y un diez.

Entonces estallaba la bomba. Felicitaciones, abrazos, palmadas caían sobre el feliz mortal, que, todo turbado, no sabía como agradecer.

Pero, donde la emoción vibraba con más intensidad era dentro de los salones. La voz del bedel había llamado á un nuevo estudiante, y sus compañeros le observaban con curiosidad. Iban muchos allí para convencerse de que la mesa examinadora no era tan fiera como decían, y otros para aprender lo que no sabían, si por acaso lo preguntaban á algún amigo. Y de pronto resonaba una vocesita aguda, áspera desagradable:

—Quiere usted decirme qué diferencia hay entre antropometría y osteometría?

Entonces, alguno de los oyentes se levantaba pálido, con ojos azorados y murmuraba:

—¡Diablo! Si conmigo empiezan á hacerme esos distingos, me revientan.

Y salía disparando del salón para meterse en la biblioteca y consultar la obra de Topinard, *La Antropología*, que tanto había descuidado durante el año.

Cándido Rosales arrastraba su miedo por todos los rincones de la Universidad. Tenía todos los nervios en tensión. Las manos le bailaban de una manera que daba grima. Las vísceras del vientre parecían dedicadas á un trabajo inusitado.

También la cosa no era para menos. Iba á dar examen libre de primer y segundo año de latín y los examinadores se mostraban implacables. Pero, lo más grave para él es que había descuidado, durante el año, la asignatura de un modo lamentable.

La culpa de ello la tenía la guitarra. ¡Qué lindo era tocar la guitarra! Rosales sabía ejecutar en ella los trozos más difíciles y maravillaba á cualquiera con su ejecución. Horas enteras se pasaba en su cuarto de estudiante rascando las cuerdas y cantando como un poseído. ¡Lo que él gozaba con sus habilidades! Pero ellas no le servían ahora: ahora tenía por delante una sonata bien distinta y bien desagradable. ¡El latín! ¿Para qué podría servirle el latín, si no iba á estudiar de cura? ¡Vea usted si es tener ganas de fastidiar á la gente! Meterle á uno reglas en la cabeza para aprender un idioma que nadie habla, que nadie escribe y que no sirve para maldita la cosa, como no sea para poner rótulo en los frascos de las farmacias y ayudar á decir misa á los señores frailes. ¡Cosa igual! Antiguamente, eso estaría bien; pero ahora... ¡Y pensar que los romanos hablaban todos esa lengua! ¡Qué caterva de imbéciles!... En cambio, la guitarra era un instrumento amable cuyo lenguaje interpretaban todos. No era necesario ser un Cicerón para enterderla; bastaba tener un par de orejas. Y era alegre, y era agradable, y era divertida. Acompañaba muy bien la voz humana y prestaba dulzura á todas las canciones. ¡La cantidad de canciones que sabía él! Sabía vidalitas, huellas, contrapuntos, décimas, tristes, cielitos, romanzas, todo, todo lo que se puede imaginar. Pero ahora, no había otro remedio que salir del paso y ver como se aplacarían las iras de los feroces examinadores.

—Vamos á ver,—murmuraba Rosales, hablando consigo mismo,—¿aquellos verbos que son excepciones á la regla... ¿Qué regla, Dios mío, que no me

acuerdo? Oye tú, Rodrigo. ¿Qué regla es aquella que tiene por excepción á los verbos

Egeo, indigeo, vivo, potior,
Supersedeo, nitor, fungor, •
Vescor con pluit, scateo...

—¡Hombre! Yo que sé...—replicó el otro fastidiado.—¿Crees tú que voy á acordarme del latín que estudié el año pasado?

Desesperado, penetró en el salón «donde examinaban de latinidad». Un compañero le hizo sentar á su lado y empezó á hablarle en voz baja:

—Ché, conseguí un sello de la isla Mauricio...

Rosales no le oía. Miraba con ojos extraviados al condiscipulo que estaban examinando. Hablaba éste de unas oraciones de pasiva que tenía el gusto de conocer; y hablaba con una desenvoltura y una facilidad que daba envidia. ¡Si parecía mentira que aquel muchacho hubiera logrado aprender todas esas cosas y las recordara tan bien! Es verdad, que era un buen estudiante; pero, por bueno que se fuera, ¿había forma de aprender el latín? ¡No! Aquel demonio debía tener formado el cerebro de manera distinta á los demás .. ¡Aprender el latín! ¡Qué barbaridad!

—A tí te llaman,—le dijo su amigo.

—¿Qué? ¿qué hay?

—Don Cándido Rosales,—repitió la voz del bedel.

No hubiera podido decir cómo fué á sentarse en la silla, frente á la mesa examinadora. Fué un acto automático, inconsciente, como el del reo que avanza hacia el patíbulo. Y, de pronto, en medio del silencio, oyó una voz que decía:

—Traducción: Égloga primera de Virgilio.

Abrió lentamente el libro, sintiendo que las fuerzas le abandonaban. Luego, con voz trabajosa, empezó á leer:

Tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi
 Silvestrem tenui musam meditaris avena...

Pero, ¿qué condenado idioma era éste? ¿Qué significarían esas palabras salvajes? ¿Cómo desharía el hipérbaton? ¿Cómo construiría? ¿Cuál era allí el sujeto, cuál el verbo, cuál el atributo? ¡Dios mío! Se encontraba frente á esas palabras como ante un geroglífico asirio, sin saber lo que hacer... ¿Fagi?... ¿Si se trataría de alguna faja? Lo que entendía mejor era el *Tityre*, el nombre de un pastor, y el *silvestrem*, que debía ser silvestre. En cuanto al *meditaris avena* no lo entendía, aunque sospechaba que Tityre, el de la faja, estaba meditando en la avena... Pero, no debía ser eso. Aquel Virgilio era un animal que parecía decir una cosa y luego resultaba, á lo mejor, que hablaba de las guerras púnicas... ¡Vaya usted á saber!

—La égloga primera de Virgilio, ¿no es eso?—repetió el catedrático. Y como para darle ánimos, empezó á traducirle:—Oh, Titiro; tú rescotado á la sombra de una copuda haya...

¿Por qué no concluía? Lo que es, Rosales, maldito si sabía de aquella traducción á cuáles palabras latinas correspondían. Estaba completamente alelado. Por último, le mandaron traducir Cicerón, *Quousque tandem*, lo único, tal vez, que recordaba, y á tropezones salió del paso.

Entonces otro examinador cogió el programa. Miró á Rosales, miró el techo, se tiró la barba, y con un aburrimiento evidente, moduló:

—Conjuge usted el pretérito pluscuamperfecto del verbo deponente *solor*, *solari*, *solatus*.

Y se quedó tan fresco como si le hubiera preguntado por el estado del tiempo.

—¿Del verbo *solar*?—inquirió Rosales, como quien oye hablar de un fenómeno cuya existencia se ignoraba.

—Sí, señor; *solar, solari, solatus*, —repitió el infame, revolviendo las sílabas en la boca con la satisfacción del que chupa un caramelo. —Vamos á ver; empecemos: *Solatus, solata, solatum eram ó fueram*...

Ni por esas. Rosales buscaba por el techo alguna inspiración, algo que le salvara de aquel duro trance. Pero las deidades debían estar ocupadas en otro sitio, porque no vinieron en su ayuda. Se pasó la mano por la frente, con desesperación, sin lograr despertar su memoria. ¿*Solar*? ¿En qué parte de la gramática estaba ese condenado verbo que no lo recordaba? Verbo deponente... verbo deponente..., se repetía á sí mismo una y otra vez; y era lo mismo que si se hubiera repetido: Mari Castaña... Mari Castaña... No recordaba nada, nada, —cual si acabara de despertar de un sueño espeso, negro, sin visiones. Mas, de pronto, un oído empezó á zumbarle, y una música alegre y burlona canturreó:

Yo tenía una palomita
Agena en mi palomar...

¡Sí! ¡Como para guitarreos estaba la cosa! El palomar, ahora, era su pobre cabeza con todos aquellos Tityres, fagis, solar, silvestrem, solatum que le revoloteaban dentro de ella, aturdiéndole. Y el infeliz, se indignó contra sí mismo, sintiendo deseos de romper á llorar por su desventura.

Entonces, la misma voz de antes, entremezclándose al cantar que vibraba en sus oídos, pareció decir:

Yo tenía una palomita
Con reglas de cantidad...

—¿Cómo dice usted?—preguntó azorado Rosales, saliendo de su estupor.

La música de la guitarra dejó de zumbar en su cabeza, y la voz del examinador repitió:

— Veamos algunas reglas de cantidad. Usted sabe que la preposición *pro* es larga en las dicciones latinas y breve en las greco-latinas, ¿no es eso?

— Sí, señor,—contestó con voz pastosa el estudiante, presintiendo que lo que iban á preguntarle era alguna otra heregía que él ignoraba.

— Muy bien; — prosiguió el examinador,— ahora va usted á decirme las excepciones de esta regla.

— No he entendido la pregunta,—murmuró Rosales con esa perfecta tontería de los que pretenden engañar á personas avisadas y superiores.

El terrible juez jugaba con la cadena del reloj. Miró al muchacho breves instantes y reiteró su cuestión. Era, en verdad, mucho ensañamiento el suyo; pero, es sabido que las fieras más peligrosas andan sueltas sobre la faz de la tierra. En seguida agregó:

— ¿No recuerda usted cuándo *pro* es breve?

¿*Pro* breve? ¿*pro* largo? Pues para él, siempre era lo mismo: tres letras distintas y una sílaba verdadera. Y si no, que venga Cristo y lo vea. Pero la fiera, indudablemente, no pensaba así. Aquel hombre tenía toda la facha del que ha penetrado terribles misterios.

— Diga usted. ¿No será breve en las palabras que derivan ó se componen de *Fundus*, *Fugio*, *For*, *Festus*?...

Un rayo de luz, brotado desde quién sabe que apartado rincón de su cerebro, iluminó á Rosales. Y en caracteres negritos, con pequeños acentos sobre las *o*, le pareció ver en el texto estas líneas:

Procella, Propero, Procus,
Procul, Propinquus, Protervus...

y entonces, precipitadamente, con loco afán de demostrar que algo sabía, dijo:

— Ah! sí, claro. Y es larga en *Procella*, *Propero*, *Procus*...

Iba á continuuar, cuando el examinador arguyó :

—¿Dice usted que la preposición *pro* es larga en esas dicciones ?

Rosales hizo que meditaba, y dijo :

—¡Ah! señor; es breve.

El otro quiso saber si lo sabía de cierto, y agregó aun :

—¿Breve? ¿Está usted seguro ?

No pudo contestar. La memoria le abandonaba. Quiso hacer un postrer esfuerzo; pero allá, en el fondo de sus oídos, una música confusa al principio, más distinta luego, empezó á zumbar :

Yo tenía una palomita
Agena en mi palomar...

No. Estaba visto. No tenía suerte. Lo reprobarían. Sin embargo, ¡quién sabe! Todavía podían hacerle otras preguntas, y si las contestaba bien...

La campanilla, agitada por el presidente del tribunal examinador, le dejó frío. ¿Cómo? ¿Había transcurrido su tiempo? ¿Tan pronto? Pero, si cuando veía examinar á otros compañeros los minutos le parecían horas...

Varios estudiantes se habían reunido junto á la puerta para oír la nota.

—¿Qué tal?—preguntó uno de ellos.

—¡Hum!—contestó Rosales, asiéndose desesperadamente á una postrer esperanza,—yo creo que me embroman.

—Espere... quién sabe...

Sí; esperaba el pobrecillo, mordiendo la punta de su pañuelo. Y el bedel leyó:

—Don Cándido Rosales, desechado por mayoría, con un voto regular...

Nadie dijo una palabra. El infeliz se alejó ligerito, temiendo estallar en sollozos.

— ¡Reprobado, reprobado! ¡Mal rayo!— repetía ya en la calle.— ¡Y ahora que digo yo en casa á los viejos?... Y todo esto me sucede por culpa de la guitarra! ¡Porquería!

Entonces allá, en el fondo de su ser, bajo, muy bajo, oyó una musiquilla burlona que repetía:

Yo tenía una palomita
Aguena en mi palomar,
Que solía acariciar
De tarde y de mañanita...

Víctor Pérez Petit.

De Amado Nervo

VIEJA LLAVE.

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué colgada,
(del estrado á la cancela,
de la despensa al granero),
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores....
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¡para qué la he de guardar!

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió;
sólo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero,
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero;
¡esta llave sin llavero
nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena:
me parece un alma en pena.

Pobre llave sin fortuna
...y sin dientes, como una
vieja boca; si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¡para qué te he de guardar!

*
**

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
custodiaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¡para qué te he de guardar!

*
**

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa obscura
(que en un día de premura
fué preciso vender mal).

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés mi prima y yo,
nos dijimos tantas cosas
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¡para qué te he de guardar!

LA CIGÜEÑA.

Ya llegaron las cigüeñas á Estrasburg: en los ariscos
torreones buscan nidos, abatiéndose en bandadas.
Se dirían arrancadas á unos de esos obeliscos
que en poliedros monolitos guardan crónicas pasadas.

Ya el compadre zorro apresta su festin de miel y sueña
que su amiga la cigüeña; con su pico asaz ingrato,
no podrá clavar las migas en el plato, y la cigüeña
de miel colma un frasco, para restituir la miel al plato...

Ya llegaron las cigüeñas á Estrasburg. No te admires
si las ves sobre una pierna, meditando, silenciosas,
enigmáticas y enjutas cual colegio de fakires:

Rumian todo lo que saben ¡Babilonia, Memphis, Helos.
Champolion habló con ellas; son los pájaros abuelos
y están tristes porque han visto tantas cosas... tantas cosas!

TAN RUBIA ES LA NIÑA QUE...

¡Tan rubia es la niña que
cuando hay sol no se la ve!

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

Si se asoma mi Damiana
 á la ventana y colora
 la aurora su tez lozana
 de albérchigo y terciopelo,
 no se sabe si la aurora
 ha salido á la ventana
 antes de salir al cielo.

Damiana en el arrebol
 de la mañanita se
 diluye, y si sale el sol,
 por rubia... no se la ve!

ESTA NIÑA DULCE Y GRAVE....

Esta niña dulce y grave
 tiene un largo cuello de ave,
 cuello lánguido y sutil,
 cuyo gálibo suave
 finge prora de una nave,
 de una nave de marfil.

Y hay en ella cuando inclina
 la cabeza arcaica y fina,
 —que semeja peregrina
 flor de oro—al saludar,
 cierto ritmo de latina,
 cierto porte de menina
 y una gracia palatina
 muy difícil de explicar.

A KEMPIS.

Ha muchos años que busco el yermo;
 ha muchos años que vivo triste;
 ha muchos años que estoy enfermo
 ¡y es por el libro que tú escribiste!

• ¡Oh Kempis! antes de leerte, amaba
 la luz, las vegas, el mar Oceano;
 mas tú dijiste que todo acaba,
 que todo muere, que todo es vano.

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas, como afirman doctores graves
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa como las aves,
como las nubes, como las sombras,

Huyo de todo terreno lazo;
ningún cariño mi mente alegra;
y con tu libro, bajo del brazo,
voy recorriendo la noche negra.

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, que mal me hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

Amado Nervo.

¡Ay de las melodiosas serenatas,
Aquéllas cuyas páginas no abrieron
Junto á las arpas mudas y enmohecidas
Bajo los empolvados terciopelos!...

¡Ay del licor sabroso y perfumado
Que, en el cristal de las botijas preso,
Se descompone en las bodegas húmedas,
Sin ser vertido sobre el vaso griego!...

¡Ay del diamante de fulgentes iris
Entre la oscuridad del cofre estrecho,
Que no incrustaron en los regios oros
Las manos de los mágicos joyeros!...

¡Ay del rosario cuyas cuentas mudas
No sintieron glisar místicos dedos!...
¡Ay de aquellas palabras que tus labios
No engarzarán jamás en mis silencios!...

María Eugenia Vaz Ferreira.

Delectación amorosa

*Tu sais, toi seule, que
c'est pour toi.*

Cuando llegue aquel entonces que realice las quimeras
que acarician nuestros intimos dulces coloquios de amor,
volverán para nosotros aquellas ingenuas eras
en que hablaba en tiernas rimas á las bellas el pastor.

Tendrán las cosas normales un encanto sobrehumano,
nos parecerá que todo ha sido creado recién,
surgirá luz al contacto de tu sortilega mano
y todo estará dispuesto para la dicha y el bien.

Y ¡oh! el crepúsculo en el huerto que forjaron mis delirios
para decirte mis versos y para enseñarte á amar,
donde olvidaremos tantos, tantos pasados martirios
contemplando lo solemne de los valles y del mar.

En el espejo del lago—porque también habrá un lago—
como en los viejos poemas, en amoroso sentir
miraremos nuestros rostros y en ingenuo y dulce halago
nuestros labios beberán de su plácido elixir.

Cuando en los ecos lejanos hablen recuerdos añejos
como espíritus surgidos en la vespéral quietud,
y los labriegos desfilen en silenciosos cortejos
nuestras pupilas serenas hablarán de beatitud.

Y cuando el sol moribundo consuma su última llama
impregnando de poesía y de misterio el jardín,
seremos felices sombras de aquel romántico drama
en la férvida y tranquila vuelta á nuestro camarín.

Por alamedas de acacias volveremos lentamente
tomados por la cintura, desmayados de pasión
tu cabeza sobre mi hombro, la mía sobre tu frente
mientras los labios murmuran promesas del corazón.

Illa Moreno.

Sueltos

Riquezas á explotarse en la República

Si muchos capitalistas emprendedores conociesen algunas de las riquezas á explotarse en el virgen y fecundo suelo y subsuelo de esta República del Uruguay,—en este Departamento de Montevideo, y en los del Salto, Paysandú, Colonia y otros que tienen también puerto de embarque, vías férreas y telegráficas, no cabe duda de que affuirían á este país, que carece de industrias, puesto que las comunes son la ganadería y el comercio, Aquí son abundantes las *arcillas calcáreas, yeso, talco, ocre; diversos betunes, cuarzo, etc.*, aplicables á la fabricación de *loza, vidrio, baldosas, cementos, alfarería, etc.* Existen riquísimos *mármoles, piedra de litografía, para afilar y sentadores de navaja* y no existe un solo aserradero que los explote.

Existen abundantes filones de *esmeril, grafito, trípoli y tremendales* de magnífica *turba, en este Departamento de Montevideo!* Y en algunos otros de campaña, que conocemos, hay abundantes y riquísimos filones de *hierro, manganeso (pirolusita), amianto, grafito, pizarras* para techos y veredas.

Existen filones de cuarzo *aurífero*,—cobre, zinc—y *esquistos, fósiles y calizas*, que acreditan la existencia de la *hulla*, que no se investigan por falta de una perforadora rotativa á vapor.

En las naciones europeas ya todo está hecho, y aquí todo por hacer; allá no tienen nuevas minas que trabajar, fábricas que establecer, vías férreas que construir, y de ahí que exista plétora de dinero que no tiene colocación ni á ínfimo interés: luego, pues, tienen vasto campo en el país y no hay duda que lo ignoran...

La Redacción de esta Revista, dará con agrado, todos los informes que se le pidan, respecto de minerales de los muchos que actualmente conoce; y también ofrece sus servicios á los estancieros, comerciantes y demás habitantes de la campaña, que le remitan

muestras de minerales, nombre de sus descubridores, paraje de residencia, etc., y los exhibiremos al público y á los sindicatos capitalistas, por si se presentasen interesados en visitar los respectivos terrenos y entenderse con sus descubridores.

Sabemos que el Superior Gobierno se preocupa del serio problema de difundir el conocimiento de nuestra riqueza minera, y en esta via alentamos á los hombres del poder para que no desmayen, pues van á arar en terreno virgen, lo que dará al país ópima cosecha de progreso.

¡Ojalá, que dentro de un par de años, veamos establecidas en el país, fundiciones que fabriquen toda clase de artículos de hierro fundido, al pie de las minas de hierro y carbón (*ambos productos compañeros*), y por cuya circunstancia económica, las haga doblemente valiosas!

Bibliografía - Periódicos

VIBRACIONES SIMPÁTICAS.—*La Razón*, el viejo luchador por nobles ideas, antes de que apareciese *La Nueva Atlántida*, ha publicado un bien conceptuoso artículo sobre nuestro periódico. Como parece que hubiera escuchado el colega amable nuestras ideas programísticas, le damos cabida, descartando la parte elogiosa, como un eco, nada más, de las vibraciones simpáticas del apreciable colega, extensivas á otros colegas de la Capital y bonaerenses.

Dice, lo que mucho agradecemos:

« La Nueva Atlántida »

UNA REVISTA SUPERIOR DE ALTOS ESTUDIOS

Julio Herrera y Reissig, en cuyas estrofas de crepúsculos tardos, pasan hacia la noche, las lunas somnolientas, como por sobre estanques dormidos de silencio, se ha decidido á dirigir, como él lo hará, una Revista, inspiración feliz de todo punto y sobretodo por la satisfacción que ha de traer de una apremiante necesidad doble, personalísima en un concepto y continental, ó acaso universal en otro. Son pocos, en efecto, los que están persuadidos de que Herrera y Reissig, que no publica libros, en el aislamiento de su vida bohemia, compone y produce sin descanso. Pero la muchedumbre, el vulgo ignaro y tumultuoso, que no sabe palabra de «metiers» literarios, ni de recogimientos intelectuales en sí mismo, no alcanza ni comprende ese ignorado reflorece de las vidas ocultas; y supone, siempre apriorista en sus juicios, que la personalidad de este poeta exquisito se va muriendo, si no está muerta ya, de inanición. Es menester entonces abandonar la quietud silenciosa de los retiros voluntarios, tan propicia, en verdad, para la evocación; subir con decisión omnipotente á aselearse en las cumbres; sentir frente al espacio sin barreras los crispamientos febriles de la lucha; y ostentar, desde lo alto, con imperioso alarde, ante la multi-

tud, como un nimbo triunfal, las arrugas, ennegrecidas, de sudor y de polvo, de la frente...

Dada la existencia, por otra parte, en el sentir y en el pensar de los pueblos de América, como entidad superior—según dijo no ha mucho el prosista de «Ariel»—de una gran patria Americana con resumen y por cima de todas las patrias pequeñas, urge necesariamente la publicación de una revista que vivifique ya que parece agotarse por dispersa, en un haz maravilloso, la producción americana, de triunfadoras florecencias de juventud, estrechando á la par, para hacerlas más fuertes y más íntimas, las relaciones culturales de América, como único medio de alcanzar, lo más pronto posible y para siempre, en este continente del Futuro, por sobre desconfianzas y fronteras, como un anhelo secular del alma colectiva, la suprema armonía de todos los ingenios.

Fuera de esta finalidad primordialísima, la primera y más urgente de todas, la Revista ha de bregar porque la propiedad literaria, hoy olvidada, reciba, en los códigos, su consagración legal, no sólo en el país, sino también en todo el continente. Además, en este luminoso torneo fraternal de las inteligencias— en que tomarán parte, ellos también, los más esclarecidos escritores europeos —se ha de probar amigablemente, en honra nuestra y para mayor gloria del Arte, que la intelectualidad americana, desconocida casi por completo, se halla, en lo que á calidad y buen gusto se refiere, por lo menos, á idéntica altura cenital que la gloriosa intelectualidad europea.

Julio Herrera y Reissig, que es un soñador, ha elegido para título de su Revista, el nombre de los siglos legendarios de América ideado también por otro soñador: Platón el divino decidor de la Academia, que vislumbró la Atlántida en sus sueños, habló de ella en sus «Diálogos», mientras deponía en ellos, la Grecia inolvidable, con sus abejas rápidas, como tributo de homenaje, ritmos de alas, mieles hibleas, vuelos de oro y músicas unisonas

«La Nueva Atlántida», en cuanto obra de un poeta moderno, no será en exclusivo una revista de letras, ni mucho menos el patrimonio de una escuela artística.

Herrera y Reissig, adorador ferviente y casi místico de la Belleza Suma, ríndele culto y ofrécele holocausto donde echa flor su primavera inmarecible, aunque suponga, íntimamente, quizá no sin razón, que ella flamea, gloriosa y alboreante, frente al alma del Siglo, sobre el naufragio irremisible de los cánones viejos.

Admirador, en otro caso, entusiasta y sincero de la inteligencia humana, limitada, vacilante é imperfecta, pero siempre dominadora y anhelante, hará, á la vez, de la Revista un hogar dulce, cálido y tranquilo, en donde habrá calor, sin exclusión sectaria, para las

especulaciones de todo linaje del espíritu, siempre en pugna ardorosa con la parte del misterio que ha llevado hacia sí cada una de las múltiples disciplinas científicas, á diversificarse, por especialización, la universidad de ramos del conocimiento.

Si Julio Herrera y Reissig no tuviera derecho, por otros muchos conceptos simpáticos, á la profesión pública, lo tendría, é inalienable, por este soberano esfuerzo de su voluntad. Porque, en suma, ofrece una loable decisión generosa, el hecho de crear, en un ambiente poco propicio á la germinación artística, una Revista de tal índole y alcance, pues ésta, que aparecerá en Abril próximo, será mensual, de 100 páginas y con colaboradores de reputación universal, cuya nómina, garantía segura de excelencia, prometemos, para más adelante, formalmente.

¡Ojalá que esta Revista, que nace en el país, viva y crezca y perdure y eche flor en América! Porque entonces y al cabo, en la gloria final de las éxitos nobles, serán vanos é inocuos los peligros futuros de un fracaso ulterior. Y en tal supuesto habrá llegado el caso de temer que Herrera y Reissig, como Demetrios, no vaya á enamorarse de su obra...

Aladino.

RESTAURANT DEL CAFÉ NUEVO

— DE —

ANGEL GIUSTO

MERCADO CENTRAL, Núms. 11, 12, 13 y 14

MONTEVIDEO

LA FASHIONABLE

GRAN SALÓN DE LUSTRAR CALZADO

— DE —

FELIPE CHIAZO

Plaza Independencia, Núm. 47. — Costado Sur

Manuel Herrera y Reissig

ABOGADO

ASUNTOS JUDICIALES

ZABALA, 153.

Montevideo.

DIEGO L. ALFONSIN

ESCRIBANO PÚBLICO

Ofrece sus servicios profesionales; y como fundador de varios pueblos en la República, se encarga de fundar otros en cualquier Departamento, haciendo los gastos de su cuenta.—mediante se le adjudique una parte de los terrenos fraccionados por los propietarios del campo.

CALLE PAYSANDÚ, 192 — MONTEVIDEO

INSTITUTO UNIVERSAL

283 — URUGUAY — 289

Colegio incorporado á la Universidad

Enseñanza primaria, comercial y universitaria. Ocupa espacioso local en el paraje más céntrico de la Ciudad.—Posee completos gabinetes de Física, Química y Museo de Historia Natural. Sus profesores son catedráticos en la Universidad. Admite pupilos, medio-pupilos y externos.

Juan C. Berrutti,
Director.

ANTONIO DOMÍNGUEZ

DEFENSOR JUDICIAL

Balanceador Público y Perito Tasador

RECIBE ORDENES EN SU ESCRITORIO

Calle Yaguaron, Núm. 270.

MONTEVIDEO

MARÍA J. DE LA FUENTE

PARTERA

Calle Minas, Núm. 116

MONTEVIDEO

Sanatorio Marconi "La Nueva Suiza"

DIRIGIDO POR EL

PROFESOR ELISEO MARCONI

A los que sufren: mientras hay vida hay esperanza

Cuando después de mucho error llegamos á descubrir la verdad, se manifiesta en nosotros el más vehemente deseo de comunicar á nuestro prójimo los resultados de nuestra experiencia, para que aquellos que habían sido condenados por la ciencia escolástica, pudieran recuperar la salud. Con ese fin, altamente humanitario, hemos puesto todas nuestras fuerzas y nuestro vigor al servicio de la gran causa, para enseñarles á los ciegos y á los inconscientes que ya no oyen la voz de la Natura, cuál es el sendero que conduce del error á la verdad, de las tinieblas á la luz, del dolor á la felicidad!

Hace 24 años que centenares de enfermos, declarados incurables, han venido á someterse á nuestro sistema, y todos han sanado! Muchos de ellos se hallaban en un estado de desesperación tal, que costaba trabajo hacerles comprender que sus enfermedades eran curables y que sólo se trataba de elegir el remedio que les ofrecía la Naturaleza.

Cualquiera que sea el mal y el tiempo transcurrido desde su primera aparición, siempre que el paciente conserve alguna fuerza vital, la natura posee fuerzas suficientes para dominarlo!

Eliseo Marconi.

El Sanatorio Marconi está situado en la calle Rivadavia 4977, Buenos Aires, en una altura, en sitio de verdor y encanto. Dirigirse por cartas al Director del Sanatorio con todas las explicaciones posibles.

INSTITUTO "ARAMBURÚ"

CENTRO DE ENSEÑANZA

Elemental, Comercial, Universitaria y de Idiomas

Director: ALBERTO E. BRAVO

LECCIONES DIURNAS Y NOCTURNAS

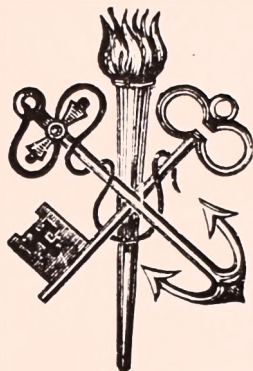
*Clases de idiomas Francés, Inglés y Alemán.—Admite pupilos,
medio-pupilos y externos*

75 — CALLE BUENOS AIRES — 75

MONTEVIDEO

J. CASTRELO

ESPECIALIDADES HOMEOPÁTICAS



Si gasta usted homeopatía ó Electro homeopatía, si emplea usted la Bio-química ó los específicos del doctor Humphreys, no compre usted sus remedios sin antes conocer los precios de nuestra casa, que son tan reducidos como la situación lo exige.

Nuestra casa cuenta con un gran surtido de todo lo que se relaciona con los sistemas arriba nombrados, y nadie puede hacernos competencia ni en la bondad de los artículos, ni en la modicidad de los precios.

Siendo nuestra casa el depósito general de los Específicos del doctor Humphreys, de Nueva York, de la renombrada MARAVILLA CURATIVA y del Ungüento de Hamamelis, podemos vender estos artículos con mayores ventajas que cualquiera otra casa.

No se deje usted engañar con lo de que *remedio bueno debe pagarse caro*; este dicho vulgar pertenece á un sistema *muy conocido* y á una época que ya pasó.

En la homeopatía son rarísimos los remedios caros; por lo general son excesivamente baratos. Conozca usted nuestros precios y se convencerá de lo que decimos.

NOTA.—Para pedidos por mayor para la campaña, hacemos rebaja de los precios usuales.—Además se enviarán catálogos y libros explicativos al que lo solicite.

Calle Arapey, Núm. 132 A

ENTRE 18 DE JULIO Y COLONIA — MONTEVIDEO.

NAPOLEÓN RIZZARDINI

ARTISTA PINTOR

Retratos al óleo, cuadros de flores, decoraciones de iglesias y casas, pintura sobre raso, paisaje, marina, etc.

118 — Calle Joaquín Requena — 118

MONTEVIDEO

TALLER MECÁNICO

— DE —

JUAN CERBASÍ

Los trabajos de este taller son á la perfección de los últimos progresos de la Mecánica

Tiene obreros especiales para composturas de bombas, piezas de maquinaria por difíciles que sean.

Atiende pedidos de las Oficinas del Estado, en gran cantidad, con el prolijo cumplimiento reconocido de muchos años.

Sus trabajos para las fornituras de objetos de bronce para el ejército, son, justamente apreciados por la Junta de Guerra, reconocidos por la perfección y brillo.

Sus precios compiten, en mucha rebaja, con los similares extranjeros.

Su montaje de maquinarias, puentes, etc., es especialmente atendido.

Calle Paysandú N.º 139

MONTEVIDEO

"La Nueva Atlántida"

APARECE MENSUALMENTE

El abono cuesta cincuenta centésimos oro, mensual; anualmente, adelantado: veinte por ciento de descuento.

LA SUSCRIPCIÓN SE PAGA ADELANTADA

Rica de valiosas colaboraciones intelectuales, "La Nueva Atlántida" es una revista de biblioteca; no para halagar ocios mentales, sino para nutrir los cerebros con ideas nuevas, sanas y levantadas.

El anunciante, seguro que sus avisos no se tiran á la calle, sale con ventajas; pues sabe que son leídos por gente que pueden hacer expendios en las casas comerciales.

Suscribirse á "La Nueva Atlántida"

Anunciar allí su profesión y prestigiar sus productos, es de práctica utilidad para todos.

POR AVISOS É INFORMACIONES, DIRIGIRSE Á LA

ADMINISTRACIÓN:

CALLE PAYSANDÚ, N.º 192

MONTEVIDEO